

Angel de Estrada

El Sueño de una
Noche de Castillo
y otros poemas



Buenos
Aires
1925



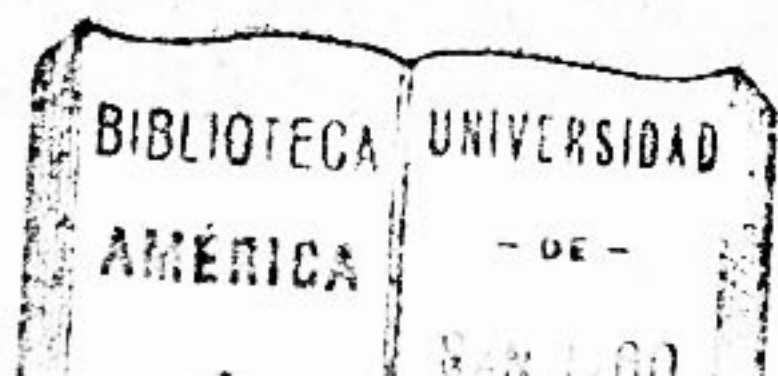
OBRAS DEL AUTOR

Alma Nómade.
El Huerto Armonioso.
Cuentos.
El Color y la Piedra.
Formas y Espíritus.
La Voz del Nílo.
Redención.
La Ilusión.
Los Cisnes Encantados.
Calidoscopio.
Visión de Paz.
Cadoreto.
Las Tres Gracias.
Pedro Goyena.
Cervantes y El Quijote.
Los Espejos.
La Plegaria del Sol.
El Triunfo de las Rosas.

PÓSTUMAS

La Esfinge.
El Sueño de una Noche de Castillo y otros poemas.
(a publicarse)
La Flor de Borgoña y otras narraciones.
Seres y Cosas.
Conferencias.
Diario.

GRABADOS POR A. BELLOCQ.





A. BELLOCCO

El Sueño de una
Noche de Castillo



En la torre de la Vela
De un castillo de Bretaña,
Bajo el palio de los astros
Que luctuosa nube empaña ;
Con el muérdago en la frente,
De pie en su chitón de lino,
Mezcla Veleda a la sombra
La flor de su alto destino.

VELEDA

¡ Oh ! noche propicia a la voz de los ritos sagrados,
Y al sueño divino que es luz de milagros y amores :

El Sueño de una Noche de Castillo

Los aires conmueve feliz de sentirlos en brisas,
Las brisas empuja feliz de impelerlas en vientos,
Las nubes combate feliz de limpiar los espacios...
¡Ah! fulja el turquí transparente dormido en las sombras.

Nueva voz se oye en el cielo,
Y escapando, misteriosa, de un celaje,
Envuelve en sonoro anhelo
La torre del Homenaje.

A R I E L

Gentil sacerdotisa,
Yo dispongo del viento y de la brisa...
Veneremos la nube;
En ella sutil sube
El agua transparente
Del lago cristalino;
Y el agua halló el camino
Porque otra nube persiguió en la tela
De su cristal, a golondrina huyente
Cual pensamiento de la luz que vuela.
Aclamad a la nube, por su historia,

Líbre en la altura de terrestre escoria ;
El fastigio funéreo
De la torre feudal pide a su gloria
Gozoso airon aéreo :
Y mi alada quimera,
Con el hechizo de sus gasas nobles,
Desciende al tronco de los duros robles
Limpio cendal de blanca primavera.
Por la virtud de su cambiante esfera,
El movimiento mudo
Del contorno de tul
Da cisnes albos al espacio azul...
Me apresto a combatirla y la saludo !
La saludo con dulce emoción santa :
Sobre sus lechos la ficción se duerme,
Sueña, se agita, canta,
Y el sueño immaculado suele serme
Divina flor de misteriosa planta.
Pajes de mi elemento,
Sonrisas de la brisa
Que os transformáis en risa

El Sueño de una Noche de Castillo

Del tumultuoso viento,
Combatid con espadas, con broqueles,
El nebuloso aliento!
¡Mas, ah! que los corceles
Respeten los cantares de agonía
De esos cisnes de luz cuya armonía
Enamora al castillo soberano,
Donde se esculpe en piedra
Y se amortaja en hiedra,
Todo el silencio del hastío humano!
Los genios de los aires dispersan a la nube.
Los visos esfumados de sus flexibles gasas
Renacen en los montes de esclarecida luna.
Las castellanas torres reflejan sus inciensos
Y plasman en las sombras de piedras pensativas
Los trémulos relieves de misterioso culto.
Tristán, el caballero, que observa el astro cándido,
Apaga en los tederos las vívidas antorchas.
Los fuegos de sus llamas se van de las azules
Paredes esculpidas; se van de los hogares
De negras chimeneas, y palidece en campos

Heráldicos el signo de salamandras rojas.
La luna silenciosa rayando el pavimento
Dilátase en las armas, palpita en los escudos.
La gracia de las rosas, la astucia de los zorros,
La cólera del tigre, la fuerza de las águilas,
La nieve del armínio, los oros de un besante,
Anímanse en cuarteles de pálido fulgír . . .
Contempla el castellano la plenitud del cielo.
La noche presta voces al lago de su espíritu;
La soledad acrece su pensamiento alado;
Y él mismo es el espacio con infinitas ondas
De anhelo misterioso
Que infunde a las estrellas magnífica inquietud.
El intangible sueño de la lejana luna
Aumenta las angustias de sus divinas fiebres.
Se aleja del paisaje;
Al blando lecho pide la paz de la inconsciencia;
Insólito perfume refréscale la frente:
Deslízase Títania, le toca con su mano,
Y ríe a Puck que enviado por Oberón ondula
Como un ligero viso de los sutiles aires.

El Sueño de una Noche de Castillo

P U C K

Encantadora reina de las Hadas,
Soy tu paje jocundo ;
A la luna robemos
Velas de luz aladas,
Y por el amplio mundo
Vaporosos boguemos...
Boguemos y tejamos la cadena
De las amargas bromas, fantasías
Que arrancan con los himnos: elegías,
Alegres cantos, lágrimas de pena.

T I T A N I A

¡No! deja al cielo su volante brillo,
Prisión de vida te será el castillo ;
Reviste tu armadura de alborozo,
Evapora la bruma del quebranto,
Inspira sueños que derramen gozo :
No engendres farsas que destilen llanto.

Ariel en los torreones
Realizará como la voz del canto
Insólitas ficciones . . .
Mira, ingenioso paje,
El caballero duerme :
¿Podrás fingirle arrebatado viaje
Desde su lecho inerme ?
¿Lo volverás sobre las cumbres, pino,
Que el grato son de sus verdores suelta,
Sintiendo en los relieves de su esbelta
Copa el esmalte del zafir divino ?
¿Lo volverás al ruiseñor que llora,
Y exalta sus amores en el trino,
Cual sí fuese la luna bienhechora,
De su gentil melancolía, aurora ?
¿Lo volverás abeja,
De alas de lumbre y pico de diamante,
Que busca miel y deja
A la flor despojada más vibrante ?
¿Lo volverás rocío
Maravilloso en retratante gota,

El Sueño de una Noche de Castillo

Pues que con tenue brío
Irísa al cielo que en su gracia flota?
¿Lo volverás la líra
Del mar, fundiendo la canción del mundo
Al ígneo soplo de la excelsa píra,
Que halla feliz, sí entre sus cuerdas gíra,
Acento digno de su sol fecundo? . . .

P U C K

En retiro profundo
De mi bosque, graciosas,
Bríndan alegres desde humildes grietas
Sus tintas, a tu paje:
Primaveras, violetas,
Eglantinas y rosas,
Tocando matas de serpol salvaje.
La luna filtra los sedosos bordes
De las flexibles flores, las conmueve;
Lo que sienten los hombres entre acordes
De melodías, las levanta leve

Los rayos de la luz cual los arpegios
Sensibilizan vivos las corolas ;
Los humildes perfumes suben regios,
Se mezclan a las olas
Fulgurante del astro, y tenuemente
Me son como otra música silente...
El rumor de mis alas es amable
Eco sonoro de la orquesta muda!
¿Quieres que agite el coro deleitable
Sobre el dormido que tu gracia escuda?

T I T A N I A

Quiero la flor que todo lo idealiza,
Eclipsante de un cielo con estrellas:
El *Pensamiento* que el pensar hechiza.

P U C K

Onda de Amor, lo llaman las doncellas...
Recíbidlo, señora.

El Sueño de una Noche de Castillo

TITANIA

Cuéntame, paje, lo que en sí atesora.

PUCK

Lo encontré en las regiones
De Oberón, donde brillan los abrojos
Como flores, las flores cual luceros;
Donde por sus acciones
Conocí al ágil Eros,
Esquívoo siempre a mis dorados ojos...
Desde el cristal de misteriosa fuente
Llamó a los caballeros,
Cantando, una sirena,
Con voz de llanto, tan divínamente,
Que exhalación ardiente
Bajó a rielar en su armoniosa pena.
Eros entonces dirigió su dardo
Al veloz meteoro,
Y herido el astro cual ardiente cardo,

Dió azul fulgencia entre chispazos de oro.
Las centellas víbrantes
Exhalaron murmullos,
Al morir en los férvidos arrullos
De las aguas cantantes...
El hijo de Afrodita,
Penetrando en la cuíta
De la sirena, se aplaudió contento:
¡Ah su ciencia infinita!
¿No era su dardo superior al viento?...
A la deidad desde las cautas frondas
Tiró, mas sólo desgarró su flecha
Silvestre flor que arrebaté deshecha
Entre el tumulto de las bruscas ondas.
Oberón con su aliento
Le devolvió maravillosa vida,
Y dijo: «Puck, salvaste un *Pensamiento*»...
La humilde flor, caída
De los cabellos de la nínfa, ostenta,
En torno de la nieve ennegrecida
Fuerte mancha de púrpura sangrienta.

TITANIA

¡Pobre flor dolorosa,
Tan pequeña y gentil como gloriosa!
Eros se dijo al escuchar la incruenta
Sirena melodiosa:
« Vano gemir; los caballeros duermen;
Nadie sucumbe, pues su canto no ama,
Fíltre mí flecha el germen
De Venus en su llama.»
Y para herirla se ensayó en el astro.
¡Pobre flor amorosa sin amores!
Entre la muerta estrella
Y la deidad de los estanques, ella,
Sola, retuvo el afligente rastro.
Más bella que otras flores
Es una criatura
Por su mancha de sangre, que no entiende,
Que nunca entenderá, mas que la enciende
En martirio, sostén de su frescura.

P U C K

Y es algo más: por el amor tocada
No siendo mujer, ni hada,
Esconde el ansia de angustioso duelo;
Sufre de su fracaso,
Pero Oberón la convirtió en el vaso
De los relentes de su ignoto cielo.
Aislada entre sus dulces compañeras,
Echa al olvido sus humildes males;
Su pequeñez ofrece a los mortales
La inmensidad feliz de las quimeras.

La Reina sobre los ojos
De Tristán la flor agita;
El alma del caballero
Se oye llamar a una cita.

T I T A N I A

Despiértese la mente del dormido,
Su visión resplandezca;

El Sueño de una Noche de Castillo

Ariel no desfallezca,
Y anime el sueño de verdad vestido!

P U C K

(contemplando el señorial camino).

Ya veo lo que él mira y que lo encanta,
Ya escucho lo que él oye y lo seduce:
Un Elfo alegre luce
Manto nupcial, y canta:
«¡Oh bosque, voy a unir tus azahares
En destellos lunares
Al velo astral del séquito sonoro,
Y a despojarte mi poder se atreve
De esa esperanza de los frutos de oro,
Para una virgen coronar de nieve!»

T I T A N I A

(mira lo que a Puck atrae).

Contemplad las luciérnagas: temblores
De verdes refulgencias

Angel de Estrada

Ponen sobre los cirios
De blanca procesión; fosforescencias
De místicos delirios
Dilatan sus ardores
Con entusiasmo tanto,
Que el bosque de las llamas, reverbera,
Y aun es más dulce que la miel el llanto
Nupcial corriendo por la amarga cera!

P U C K

Mujeres invisibles
Exhalan un concanto,
Volante en las sensibles
Modulaciones de su propio acento.
Más que oírías, beberías
Quiere el ansia febril de la hermosura:
Tienen las voces vírginal frescura
De aguas que arrastran notas como perlas...

El Sueño de una Noche de Castillo

T I T A N I A

¿No sientes que su hechizo sobrehumano
Presta al rumor el ritmo de las línfas?...
Dejemos dormitar al castellano:
Es un coro de nínfas.

P U C K

Y quizás la sirena de la fuente
Canta en el lago ahora,
Dando a la noche el alma de la aurora
Sin ahuyentar la sombra transparente.
Y también quizás Eros
Va a dirigirle a la deidad errante
Dardos por fin certeros.
Quién le viera triunfar de sus enojos!

T I T A N I A

¡Calla, Oberón te quiere lo bastante:
No te abrirá los ojos!

Titania se desvanece
Sobre el cuerpo del dormido,
El genio Puck desaparece
Envuelto en brumal fluido.
Por las sombras del sauzal
Coro de ninfas vigila,
En tanto que del cristal
Escapan Herda y Myrtila.
Cantan las ninfas de aurora
A la sirena de luz,
Y a la que evoca el capuz
De la tarde; con sonora
Exaltación los ramajes
Se estremecen, y enlazadas
Las sirenas como espadas
Rompen los niveos encajes.

HERDA

Un rayo de la luna es el diamante
De mi cabello negro.

MYRTILA

Un rayo de la luna es hoz de plata
Del oro de mi pelo.

El Sueño de una Noche de Castillo

H E R D A

Venid donceles, mí cabello encierra
La llave de los sueños.

M Y R T I L A

Venid donceles, mí cabello ofrece
Dorada espiga de ideal sustento.

H E R D A

Echad al lago la viril espada
Y veréis en el círculo tangible,
La palabra ignorada
Del misterio temible.

M Y R T I L A

Arrojad el laúd, la placa herida
Dirá el acorde de mí amor, tan fuerte,
Que saldrá de la vida
Hasta herir los arcanos de la muerte.

L A S N I N F A S

Bravos caballeros,
Nobles trovadores,
Perded los laúdes, perded los aceros,
Tomad las espigas, las joyas, las flores :
El mundo cubierto de claros luceros
No vale ese canto de labios traidores.

V E L E D A

El castellano duerme...
Sí no arde ya en la chimenea el roble,
La salamandra en el blasón de esmalte
Siente las lumbres de su fuego heráldico.
¡Voces de ninfas que encantáis la noche.
Al cautivante ensueño
También moved entre sutiles llamas!
¡Tocad al castellano,
Tocadlo con dulzura,
Despertadlo a la vida,
Exaltad la hermosura!

El Sueño de una Noche de Castillo

A R I E L

El astro níveo derramó su magia,
Mis genios dispersaron los vapores ;
La gran Títania destiló al dormido
La flor de las ficciones.
¡Reíd, cantad, y comprended, sirenas,
Que soís él mismo dilatado en sombras !
¡ Vivid entre las ceras encendidas
Al calor de fantásticas luciérnagas ;
Tejed sobre las frentes, azahares
De inspiradora luna ;
En el manto nupcial poned las perlas
Del nocturno rocío ;
Mas no olvidéis que vuestra vida amante
Brotó del lazo de mi vara ardiente
Con las visiones del doncel soñante !

L A S N I N F A S

La noche no es noche
Es flor de las flores ;

Su tallo la tierra,
El cielo corola ;
Su cáliz la luna,
Pistílos los astros ;
Tristán, tu palabra
Será su perfume.

El caballero, atraído
Por el coro del cristal,
Mira que toma el Cupido
Su tenue manto nupcial ;
Mira a los elfos, orfebres
De la corona de amor,
Acreciendo con sus fiebres
El perfume en cada flor.
Los cirios de luz son hiedras
De una invisible pared ;
Las luciérnagas sus piedras
Preciosas mezclan en red ;
Y atravesando el imperio
Profundo del robledal,
Llega Tristán al misterio
Pensativo del sauzal.

El Sueño de una Noche de Castillo

V E L E D A

El castellano avanza
Y está despierto porque está dormido :
La gloria de Títanía
Vibra en la luz de sus abiertos ojos.

M Y R T I L A

Camina tras el alba,
Jardínero del jardín de los ensueños ;
Camina hacia el rocío :
Soy la bella, la más bella entre las rosas..

H E R D A

Camina hacia la tarde,
Jardínero del jardín de los ensueños,
La más bella entre las flores
Para tu alma febriciente es mi violeta.

L A S N I N F A S

¡Oh! caballero que Ariel nos dora,
Quiere la aurora siempre lucir;
Quiere la tarde siempre vivir;
Junta la tarde, junta la aurora,
Y en la porfía
Sé el caballero del Mediodía.

V E L E D A

¡Miel de la Grecia,
Miel de la Francia,
Gracia, dulzura, resplandor, fragancia!
Pruébala, castellano,
Y te harás inmortal como los dioses...
Yo pediré a mi mano
Y a las alertas hoces
De mi sagrada ruina,
Los inciensos del muérdago adorable
Con que en su tronco la robusta encina
La gracia evoca de tu ser amable.

El Sueño de una Noche de Castillo

TRISTÁN

El agua de los lagos
Me atemoriza, su fulgor me arredra ;
No ceñiría tu corona santa
Si oyese a la sirena ;
No volvería a disfrutar las mieles,
Pues el alma me pesa,
Como en el cuello del que vá a la muerte
La fatídica piedra.

VELEDA

Ya sentirás las alas
De Ariel radioso en el gentil contento ;
No temas a las línfas
Aunque derramen resplandor siniestro,
Ni a los llorosos sauces
Aunque perfílen sepulcral reflejo.

H E R D A

En un día no lejano vino Ofelia
Con guirnaldas caprichosas ;
Su palidez de camelia
Se encendía moribunda entre las rosas.
La ímpelía atroz demonio,
Y cantaba dulcemente ;
Al través de las quimeras de su mente
El acero hundía Hamlet en el cuerpo de Polonio.
Y sus manos enzarzaban eglantinas
Con las yerbas y las flores purpurinas
Que en las rondas, de concierto,
Llaman las vírgenes puras: *Dedos tétricos de muerto...*
Toca el agua... Quiere dar a un sauce verde
Con sus trovas su diadema...
Se distrae... El suelo pierde...
Mas flotando canta siempre, rima augusta del poema.
El riacho rumoroso,
Desplegándole las faldas,
La sostiene jubíloso

El Sueño de una Noche de Castillo

En el haz de sus espaldas ;
Pues la corriente, embebida
De los solares destellos,
Toca al sol inaccesible por vez primera en su vida
Al envolver sus cabellos...

M Y R T I L A

Y exhalaba enloquecida la cuítada
Los decires más antiguos ; luminosa,
La corriente enamorada
Fué subiendo hasta su boca melodiosa.

H E R D A

Fué subiendo con anillos cariñosos y mortales ;
Ní el cabello de oro vivo, ní el sol ante su quebranto,
Evaporarle podían los fatídicos cristales
Que la ahogaban ascendentes en gota inmensa de
[llanto.

L A S N I N F A S

*El sudario de Hamlet fué de nieve
Guarnecido de flores ;
Su rocío las lágrimas piadosas
De los tiernos Amores.*

H E R D A

*Así dulce, decía,
La pálida vírgen pensando en su muerto.*

M Y R T I L A

*La dulce vírgen se calló, las aguas
Ahogaron sus voces en triste concierto.*

L A S N I N F A S

*Con velo cristalino
Las aguas, castellano,*

El Sueño de una Noche de Castillo

Te llaman a la hondura:
No cantan las sirenas,
Las voces de un sepulcro
Aníman su frescura.

V E L E D A

Teje la urdimbre de las tristes ramas
Funerario espejismo
A Ofelia suspendida en el abismo.
Mientras los sauces bríllen, las escamas,
De transparentes, lejos
La guardarán incorruptible y pura;
Perecerá tan sólo su hermosura
Sí el sepulcro vacila en los reflejos.

A R I E L

Los voraces gusanos
De Calibán, hasta los sauces trepan,
Pero mis genios los persiguen; vanos

Juramentos me increpan
Desde malditas charcas...
Torna en tanto al castillo
Donde su red te ofrecerán las Parcas!

TRISTÁN

Acudo.

VELEDA

Se oye gutural lamento.
¿Quién gime?

ARIEL

Lloran en el gran rastrillo.

PUCK

No lloro : gríto, llamo ;
En nombre de Oberón, Ariel, te aclamo :
Capitán de los Elfos, sé mí amo !

El Sueño de una Noche de Castillo

Con rosas, de las pérfidas sirenas
Debo romper cadenas ;
A las cumbres subir de las almenas,
Asaltar un meteoro,
Teñir las flores en sus chispas de oro
Y convertirlo en resplandor sonoro.

¡ Oh ! préstame tu ayuda,
Mí rostro se demuda,
Mí entendimiento de su esfuerzo duda ;

Pues Títania, la diosa,
Se perdió vaporosa,
Llevándose mí vara prodigiosa.

L A S N I N F A S

Pobre Puck, ingenioso y alegre,
No se ha muerto tu reina de amor ;
En dos ojos halló lecho y cárcel
Donde sueña aspirando una flor.

Pobre Puck, ingenioso y alegre,
No se ha muerto tu reina de amor!

A R I E L

Comprende, oh fiel amigo
De mis días risueños,
Que hoy alientas en noche de prodigios...
Vistiéndote las armas de otro tiempo,
Anímate fantástico;
No te asuste el misterio
De la hornacina pétrea;
Aprisiona un murciélago en tu yelmo.
Coronado por jazmines de las grietas,
Teje entre hiedras de los viejos muros
Nidos de luz con rayos de la luna.
Roba incienso de la mística capilla,
Enciéndelo en su fuego, a las veletas
Gozosamente sube,
Y haz que estornuden sus lechuzas férreas.
Por el bosque de las gárgolas camina,

El Sueño de una Noche de Castillo

Saluda a las quimeras,
Díviértete con sus furiosos gestos
Tirándoles las góticas orejas,
Y sí ésto y mucho más no te fatiga,
Ruidosamente danza,
Y a la Títania de tu flor olvida.

L A S N I N F A S

Pobre Puck, ingenioso y alegre,
No se ha muerto su reina de amor:
En dos ojos halló lecho y cárcel
Donde sueña aspirando una flor.
Pobre Puck, ingenioso y alegre,
No se ha muerto su reina de amor!

El patio monumental
Atraviesa el caballero ;
Vibra en la torre central,
Religioso y sepulcral,
El salmo de un prisionero.

TRISTÁN

He aquí la sala de las justicias.
¿Quién en sus sombras orando vela?
¿Será el acento canto de albricías?
¿Bordan las Parcas la red de Ofelia?

EL MONJE

¡Salve, Señor, amigo
Del feudo de las hadas!
Yo forjo con tu trigo
Hostias inmaculadas.
Y a tu escudo, testigo
De gloriosas jornadas,
Lo dibujo y bendigo
En las formas sagradas.
La espiga de oro es luna
Con recuerdos de sol; los alabastros
Dívinos mezclan, oh feliz fortuna,
Tus armas a los astros...

El Sueño de una Noche de Castillo

Díos te confía esperanzado anhelo!:
Comulgando en la paz como en la guerra,
Unirás en un acto de consuelo,
Las virtudes del cielo
Y el honor de tu casa de la tierra.

Tristán se inclina, saluda y parte
Hacia la torre de los Oficios ;
No le sorprenden por los resquicios
Los ajetreos de ningún arte.

TRISTÁN

¿Quién en la noche labor concilia
Con el silencio de la vigilia?
Abrid la puerta.
¿Cual si rezasen al sueño mismo,
Las Parcas tejen, en el mutismo,
La red de Ofelia?

EL O R F E B R E

Te equívocas, guerrero,
Esta es fragua de acero.
Ya ha salido la espada
Del yunque, del bracero
Y del baño templada.

Pensamiento gracioso,
Pensamiento viril,
Agita al laborioso,
Tenaz, maravilloso,
Rechínador buril.

Amadís y Bernardos,
Artures y Lisardos,
Renacen en Abril;
Al par que victorioso
Va y viene prodigioso
Mi fúlgido buril.

El Sueño de una Noche de Castillo

¡Oh, mira, en esta espada
Te va grabando un hada
De contorno sutil,
El fúlgido, gracioso,
Tenaz, maravilloso,
Rechínador buril!

Sé que nunca, guerrero,
Sacarás el acero
Con sentimiento vil;
Por eso, primoroso,
Se agita venturoso
Mi fúlgido buril.

TRISTÁN

No puedo aceptar la espada,
Ni el primor del puño de hada,
Noble orfebre;
En la torre del olvido
Quizá labran lo que pido
Los espectros de mi fiebre.

Toma al fin del corredor
El caballero una tea ;
Alzando nuevo fragor,
Sobre los muros golpea.

TRISTÁN

¿En esta torre también se olvida
A las silentes barcas en vela ?
¡ Abrid, oh brujas, y por la vida
Del diablo, dadme la red de Ofelia !

LA NODRIZA

Entra, señor de mis amores,
Te rendiré pleito homenaje ;
¡ Oh momento de dicha : por tí en los colores
Del hombre, renace mi pálido infante !

Estoy tejiendo con los línos
De nuestra heroica reina santa,

El Sueño de una Noche de Castillo

Blanco lienzo que sirve en postreros caminos:
Sé digno, mi dueño, de la alta mortaja!

El caballero, que anhela
Vivir, escapa a su acento;
Después se le oye violento
En el glacis de la Vela.

TRISTÁN

Ábrete torre de los Vigías,
Ábrete al punto; dime si albergas
Las viejas parcas que alegres hílan
La red de Ofelia?

EL ASTRÓLOGO

Quién el silencio ausculta largas horas
Sobre los astrolabios,
Puede escuchar palabras turbadoras
Sin desplegar los labios.

Angel de Estrada

Mí pensamiento enlaza
Entre las conocidas latitudes
De los astros, ígnotas multitudes
De vivo ardor... Retoño postrímero
De perínclita raza,
Como te llamas llamaré a un lucero.
Ya descubrí sus nuevas claridades,
Y se dirán, prestándole tu nombre,
Las futuras edades:
Ese epítafio magnífica al hombre!

TRISTÁN

¿Mas dónde están las Parcas? ¡Oh, monjes, hilanderas,
Astrólogos y orfebres, busquemos las quimeras;
No me habléis de la muerte, no me habléis de la vida;
Soñemos en la noche que al olvido convida!
Soñemos y dejad
En el sol la verdad...
Oíganos el rumor de la laguna
Con toda su ebriedad
Bajo la luna...

El Sueño de una Noche de Castillo

HERDA Y MYRTILA

(cantando a lo lejos).

Las ramas de los sauces empiezan a sufrir,
La tumba de reflejos
Apréstase a morir.

LAS NINFAS

Los Elfos se divierten en la corriente impura,
No cuidan las raíces, y Ofelia, ya otoñal
Exhala entre las hojas marchitas su frescura
De hechizo virginal.

HERDA Y MYRTILA

Buscad, oh caballero, las Parcas y la red,
La virgen va a ofreceros la llave del amor;
Refulgen los jardines de la esperanza, sed
De sus gloriosas brisas la perfumante flor.

El castellano se agita ;
Lo estremecen las sirenas ;
Al rumor de sus canciones,
Vuelve a cruzar las cadenas
De los puentes ; y veloz se precipita
En el patio de los tetricos torreones.

TRISTÁN

¡ Oh noche de los prodigios,
Oh noche de las promesas ! :
Encanto de los luceros,
Las Titanias, las Veledas,
Los Arieles y los Elfos.

¡ Oh noche de las promesas,
Oh noche de los prodigios ! :
Encantos de las blancuras,
Las estrellas, los jazmines,
Las sirenas y la luna.

¿No encontraré entre las arcas
Del castillo que me oculta misterioso sus confines,
El tejido de las Parcas?

L A S P A R C A S

*(Musitando cautelosas,
Responden en la torre del Cuadrante
Altivas y medrosas).*

Habla en voz baja, no la despiertes...
Turbarla puedes antes del siglo;
¡Ah, no merezcas malditas muertes!
Hombre del mundo, rudo vestiglo,
Habla en voz baja, no la despiertes...

A través de la ventana
Curioso Tristán se inclina
Sin mirarlo sigue el canto
La caterva sibilina.

T R I S T Á N

No entiendo vuestras voces y señales,
Ní sé qué hacéis más negras que raíces,

Entre las cacerías espectrales

De los viejos tapices.

L A S P A R C A S

Los dramas misteriosos de los mustios colores
Crepusculares, mueren tras sueños de fulgores ;
Las Parcas los admiran sintiendo su penar...
Hilamos en las ruecas, hilamos y decimos
Canciones de otros tiempos, labrando los racimos
De finas cabelleras, prez y honra del telar.

T R I S T Á N

¡ Ah! el oro perfumado que desata
El esplendor de la encendida mata!
¿ Cedía a la virtud de un sortilegio,
Robándola, la segadora mano ?

L A S P A R C A S

Las Parcas no roban, señor castellano,
La gracia de Ofelia tributa el don regío.

T R I S T Á N

La vírgen hechicera
Tan sólo poseyó su cabellera ;
Vosotras, míl, prestáis al sacrílegío.

L A S P A R C A S

¡Pobre loco, pobre íluso,
No conoce los secretos de las Parcas y del huso !
La cabellera de Ofelia,
Bello ignorante, no se encuentra aquí ;
María Estuardo, que ofreció la suya,
Trajo las otras... danos la tuya...
Gíren las ruelas con frenesí.

TRISTÁN

Decís verdad; los cabellos
Se estiran entre las ruedas,
Simulando con sus sedas
Vivos ríos de destellos.

LAS PARCAS

¡Pobre loco, pobre íluso,
No conoce los secretos de las Parcas y del huso!
Gíren, gíren los cabellos,
Evohé!
Y deslumbren los más bellos
En la red.
¿No sentís suave fragancia?
Esos que cruzan de Francia
Van difundíéndola a fe.
Gíren, gíren los cabellos,
Y en la red

El Sueño de una Noche de Castillo

Ilumínen los más bellos,
Evohé!
Los que brillan cual topacios
Son de Italia;
Los negros como la noche
Brotan del día de España;
De la sombra de Stambul
Los que dan reflejo azul;
El sol dice: "los besé."
¡Evohé!

¡Pobre loco! ¡Pobre iluso!

¡No conoce los secretos de las Parcas y del huso!

TRISTÁN

Mas conozco el triste empeño
De vuestra estéril labor;
La vírgen muere en su sueño
Y yo muero de dolor.

L A S P A R C A S

Gíren las ruecas,
Gíren los hilos,
Gíren las sedas,
Gíren los copos de los ovillos.

He aquí una joya
De Venus misma,
Pelo de Helena, muerte de Troya,
Sangriento prisma.

Los cabellos de Cleopatra,
De Semíramis y Dido,
Mezclan perfumes y llamas
De los pretéritos siglos.
Estos niveos, empolvados,
Teñidos en sangre,
Con gloria eclipsaron
El oro viviente del sol de Versalles.

El Sueño de una Noche de Castillo

Así reinas queridas de todas las edades
Se juntan en la muerte que las eternizó,
Mirad las cabelleras de damas inspirantes
De guerras y torneos, de parques y de amor.

Mirad las cabelleras de ilustres soñadoras
Que nobles expiraron ante lo cierto cruel,
Tejidas se convierten en salvación de Ofelia,
Y flores milagrosas esmaltarán la red.

Hilamos y cantamos,

Cantamos y reímos,

Reímos y evocamos el nocturnal capuz...

La luna lentamente sobre el telar se posa,

Se enreda misteriosa

Y gira vaporosa...

¡Besando los cabellos también hila la luz!

Luego las hijas de Shakespeare

Se dibujan hechizadas:

Más vivientes que mujeres,

Más ligeras que las hadas.

Se acercan hasta los husos,
De flores están cargadas;
Las voces entre las flores
Crean notas perfumadas.

JULIETA

¡ Oh venerables Parcas!, mis jazmines,
Cortados en las rejas de Verona,
Abren aquí sus inmortales broches
Los amantes del mundo,
Esperando la alondra matutina,
Los riegan en las noches.

MIRANDA

Tomad el lirio de mi padre Próspero.
Los genios dormitantes
En su diáfano cáliz,
Le quítan el aroma;
Mas hoy se lo han devuelto,

El Sueño de una Noche de Castillo

Y en la caricia de la luz envuelto,
Como perfume de la luna asoma.

DESDÉMONA

Llevo las suaves brisas, las brisas de mí Lido :
Mí pecho es una góndola desbordante de rosas.
Llevo las suaves brisas, las brisas de mí Chípre :
Mí manos son un ánfora desbordante de espumas.

CORDELIA

Coged mis amapolas, oh Parcas hilanderas,
Anímanse en su sangre visiones de dolor,
Y el hombre delirante que marcha entre quimeras
Las siente al son de un trueno de cósmico pavor.

PORCIA

Ofrezco mis claveles de los canales :
A pesar de sus fuegos y de sus mieles,
Irradian pensativos y nocturnales...

Nacieron entre gasas tan misteriosas,
Que por ellas cruzaban como graciosas
Pálideces enfermas de un mediodía
Que bajo de la luna convalecía...

L A S A L E G R E S C O M A D R E S

Sobre lecho de gramíllas
Duerme Falstaff en Ascot;
Recibid las campaníllas
Azules que él olvidó;
A estas reinas silenciosas
Brotadas en un vergel,
Nuestras risas impetuosas
Transforman en cascabel.

L A S P A R C A S

Echad, echad las flores, giren las ruelas;
También giran las ondas del mar sonantes,

El Sueño de una Noche de Castillo

También giran los astros del cielo errantes,
También giran las hojas del árbol secas.

L A S H I J A S D E S H A K E S P E A R E

¿Qué dicen las flores de nuestros caminos?
¿Les prestan los husos piadosos destinos?
Oíd, esperemos.

L A S P A R C A S

Hablan de sueños, hablan de gozos y de agonía,
Y en la amargura, y en la tristeza, y en la alegría
Del astro, de las ondas y el árbol, aprendemos
Los inmortales giros;
Así mientras la mano
Saluda enrojecida su esfuerzo soberano,
Tapices teje el alma con glorias y suspiros.

V E L E D A

Ya se marchitan los divinos sauces;
La voz de la sirena

No los revive, y en el lago caen
Hojas amarillentas.

A R I E L

¡Quién fuese luz de las vencidas savias!

L A S H I J A S D E S H A K E S P E A R E

A los despojos de amorosas reinas
Unid las nobles flores;
La red de cabelleras
Hilad al son de melodiosos himnos.

A R I E L

¡Quién fuese voz de nuestra hermana Ofelia!

L A S P A R C A S

Trencemos los fuertes lazos finales;
Refulja la hiedra

Con lirios, rosas, claveles, jazmines...
¡Ah! faltan dos nudos, girad, girad ruelas...
Evohé! Evohé!
Girad como las olas,
Como los astros vivos,
Como las hojas muertas...
Evohé! Evohé!

A R I E L

El tiempo no se para en su huída,
Ní la noche siguiéndolo en su paso;
El alba nuestro ocaso
Será... tendedme vuestra red concluída.

P U C K

Las hijas de nuestro padre
Van el séquito a formar;
¡Genios mágicos del aire,
Poned alas al cantar!

Los genios en las espaldas
Muestran el manto ; los elfos
Lucen nupciales guirnaldas,
Y las luciérnagas, chispas
De sus vivas esmeraldas.

V E L E D A

Castellano del Ensueño,
Deja el casco, más rudo que tu ceño.
¡La noche es un altar!
Abandona tu manto, desteñado
Por el eterno andar.
Descíñete la espada y el broquel,
Y resplandece erguido,
¡Oh juvenil laurel!
Y en tu casco de fiesta y alegría
Ondee como airón,
La nivea plumazón
De las aves del bosque de armonía
Que abraza la triunfal
Primavera nupcial!

El Sueño de una Noche de Castillo

Los genios visten con celo
Al castellano vibrante ;
De su coro se alza al cielo
Un preludio avasallante.

TRISTÁN

¡Oh! noche de las promesas ; ¡oh! noche
[de los prodigios ;
Con las sombras transparentes los tesoros de los
[astros

Expande sobre tus hijos ;

Y en tus transportes revela

Con los encantos de tus aromas y tus murmurios,
Los mil enigmas de tus silencios y tus tinieblas.

VELEDA

Locas de amor que en los pasados siglos
Por las regiones de violentos llantos
Desposásteis la Muerte ;
Tended en vuestras trágicas mortajas
El resplandor de prodigiosas lunas.

En las profundidades las arboledas
Agitan el milagro de sus orquestas;
Ardientemente aguzan el peregrino
Misterio de las cosas en el castillo;
La noche entera lanza como pujante
Océano, rumores de sus destellos,
Con todas las melenas de sus boscajes
Y todas las coronas de sus luceros.

A R I E L

Venid mis genios, venid mis elfos,
Los azahares de luz load;
La red conduce mi caballero,
La orquesta suena, vivid, soñad.

Suena la orquesta y en los boscajes
Cruje el incendio de su rumor,
La selva entera se vuelve canto
Y el canto vibra como un fulgor.

Son los violines de Lohengrín,
Son los violines de Parsífal,

Que oyen los cisnes en el morir
Y las alondras al despertar.

Son los violines de los jazmines
Y de la luna y el ruiseñor;
Son los violines de los jardines
Entre nocturnas rosas de sol.

Venid, Desdémona, venid, Cordelia,
Venid, espectros de amantes locas,
Venid, Comadres, venid, Julieta,
Venid, violetas, venid ¡oh rosas!

Traed las flores, traed los mantos
Hasta los sauces de la laguna;
Salve la noche, salven los cantos,
Salve la tierra, salve la luna!

Salve la mano del Serafín
Que guía el cántico universal:
Son los violines de Lohengrín,
Son los violines de Parsífal!

Pensares de damas, de genios, sirenas,
Trasuntan las lumbres en dulce cantar;
Las cuerdas ocultas de los instrumentos
Con rayos de luna parecen vibrar.
La noche se embriaga gozando su aroma,
El lírico raptó penetra en su ser;
El séquito avanza: misterios, penumbras,
Luciérnagas, torres, se animan por ver;
Lo humano pequeño y el cielo infinito
En un mismo acorde confunden su amor;
Los astros expanden sus luces en notas,
Las notas se vísten de ardiente color.

L A S P A R C A S

Se van, se inflaman,
Ya no nos llaman,
Ya no nos miran:
Las pobres ruelas
Tampoco giran
Cual hojas secas...
Pero reímos
Sí nos morimos;
Pues quién ignora

El Sueño de una Noche de Castillo

Que renacemos
Cuando queremos,
Como la aurora!
¡Ah! los obtusos...
Creen que se alejan,
Sin ver los husos
De las mortajas
Que no los dejan.
¡Dulces y majas,
Noche radiosa,
También cantemos,
Y en tí olvidemos
Cíprés y fosa!

P I E R R O T

(apareciendo de repente).

¡Ea! turba funeraria,
Brujas horribles de hechizo,
¿Murmuráis una plegaria
O ensayáis un bebedizo?

L A S P A R C A S

Regalad sí queréis nuestras ventanas :
Adoramos oír las mandolinas ;
Dejad fluír las notas peregrinas,
Noble señor de las fulgentes canas.

P I E R R O T

En mí voz los acentos
Suenan acariciantes...

L A S P A R C A S

Desplieguen, pues, en los divinos vientos
Sus acordes galantes.

P I E R R O T

No : los vientos divinos
Inflen las alas de mis blancos linos :
Soy el sol nocturnal de los cuadrantes.

El Sueño de una Noche de Castillo

Las mangas y vestiduras
Moviéndose misteriosas,
Lo llevan a las alturas;
Las Parcas salen curiosas.

PIERROT

Mientras en paz se duerme,
El tiempo cruza y nos parece inerme.
El reloj de la torre,
De nieblas redentoras
Tan sólo el bien de mi soñar abarca;
El mal despierta con la luz y corre
A través de sus horas,
Por eso el sol las marca.

LAS PARCAS

Filósofo está el joven trovador!
Mil sudarios tejimos en la albura:
Ninguno vencer puede la blancura
Del que lo esculpe en vírginal candor.

P I E R R O T

Sí pensando en eterna sepultura,
¡Oh beldades discretas!
Vaís a ofrecerme vuestro traje claro,
Antes mataí a todos los poetas.

L A S P A R C A S

¿Ellos te han puesto de guardián del faro?

P I E R R O T

Ignorantes: fué la luna,
Del cielo gentil señora;
También me dió de su aurora
Este lirio, esta fortuna.

Su blancor primaveral
En pureza gana al cirio
Y a la nieve vírginal;
¿Que flor vencerá a mí lirio?

El lirio eclipsa al jazmín
Y al arminio más intenso ;
Nació en el alto jardín
De los montes del incienso...

Su lampo lunar que enciende
Mí blanca mano lígera,
En sutil caricia tiende
Leve sombra por la esfera.

Pierrot alza su lirio deslumbrante
Hasta el mismo cuadrante ;
El acento del coro de las viejas
Lo olvida con su ritmo de consejas.

L A S P A R C A S

Nosotros nos dormimos en el torreón del Tiempo.
Mañana las alondras, encanto de los hombres,
Anímarán las ruelas a un golpe de sus alas...
Resuene en los boscajes el venusino coro.
Nosotras nos dormimos en el torreón del Tiempo.

V E L E D A

Tenéis razón; que suba enajenada
La ventura del bosque, sin enojos,
En música sagrada...
¡Ah! no quitéis al ruiseñor los ojos,
Que será más cantante
La melodía de su trino en ondas,
Al evocar la luna palpitante
Sobre las selvas de plateadas frondas.

A R I E L

(a lo lejos y a orillas del lago)

Son los violines de Lohengrín,
Son los violines de Parsífal;
Guía los cánticos el Serafín
Con estallido de alma nupcial.

Elfos gentiles de mis estados,
Tened el ala que alegre zumba,

El Sueño de una Noche de Castillo

Echad la urdimbre de los bordados
Por los cristales hasta la tumba.

Y tú dirige, Puck, la faena,
Desde los sauces estremecidos,
Al par que tiemblan reverdecidos
Sobre el argento de la patena.

Los Elfos toman la trama
De las redes ; con halago
La ve caer como rama
De un sauce en su luz el lago.

V E L E D A

Ondas removientes, aguas melodiosas,
Ahogad dulcemente las densas puntillas ;
Adiós las violetas y las campanillas,
Cabellos y lirios, claveles y rosas.

Los Elfos cual nobles pajes
Quieren pescar la doncella ;
La apresan en los encajes,
La gloriosa red destella.

Los sauces allá en el fondo,
En el temblor de las ramas,
Pierden las tétricas sombras,
Adquieren vibrantes llamas.
Se transparenta el sepulcro
Cual palacio de cristal ;
Las flores transfiguradas
Tocando a Ofelia, collar
Le entretejen ; son zafiros
Mezclando en hilos cimbreantes
A una sarta de amatistas
Constelación de diamantes.

A R I E L

¡ Concluíd vuestra tarea !
La malla flota, ondea ;
Desgarrad los espejos !

P U C K

Ya desde el fondo la virgen sube ;
Y en las caricias de sus reflejos,
Forma entre rayos divina nube...

El Sueño de una Noche de Castillo

JULIETA

¡ Oh, cuán bella ! ¡ oh, cuán pálida !

DESDÉMONA

¡ Oh milagro de luz ! ¡ oh, dulce hermana !

VELEDA

No ha perdido, roída
Por la interior corriente,
El casto brillo del marfil su frente ;
La aurora de la vida
Duró, en la noche del sepulcro, ardiente.

PUCK

La fina cabellera ofrece su tesoro
Incorruptible como helecho de oro.

M I R A N D A

Su sonrisa hechícera
La embalsamó en frescuras de pradera.

P O R C I A

La locura febríl salió a sus labios
Perdiéndose en las notas
De sus dolientes coplas ;
Su espíritu gentil apaciguado
Se adormeció en el lecho de sus párpados.

L A S C O M A D R E S

Que nuestras risas de sol jocundo
Le brínden glorías al despertar !

L O S E L F O S

¡Salve, a la vírgen que vuelve al mundo
Como la imagen vuelve a su altar !

El Sueño de una Noche de Castillo

Ofelia eclípsa pedrerías, flores ;
Sobre la red, díjérase que reza ;
La onda la aclama, en renaciente gloria,
Venus casta de un lago de pureza.

O F E L I A

¡ Oh! noche viviente, mí voz te saluda :
¡ Oh! madre divina de fiebres fecundas,
¡ Oh! madre de estrellas que nimbos desvelos
Y forjas callada la luz de los sueños...
Adiós cabelleras de reinas antiguas,
Adiós pedrerías de flores tumbales,
Adiós red piadosa ; yo os dejo las gracias
De un yerto tesoro de pálidas lágrimas...
¡ Oh! mí Julieta ; ¡ oh! mí Cordelia ; ¡ oh! mí Desdémona ;
Buenas noches, ¡ qué alegría !

Buenas noches al vivir,
Como Horacio cariñoso le decía
A mí príncipe al morir.

Buenas noches *Miranda*. Buenas noches *Ariel*.
Buenas noches los sauces; buenas noches la luna;
Buenas noches ¡oh dicha! ¡buenas noches Amor...

Adelanta, señor;

Más allá de los mundos, más allá de la Muerte,
Las angustias de los hombres tocan un sol de verdad,
Y las sombras infinitas de las almas separadas
Se funden en un gozo de eterna claridad!

TRISTÁN

Pálida virgen que a la vida elevas
Trémula luz en tus cabellos de oro;
No soy tu *Hamlet* que abrumó la duda:
En la noche de cantos, creo en todo.

¡Ah! la fe venturosa en los ensueños:
Lo más humilde aspira a las esferas,
Hasta el rumor de los sibilantes grillos
Imita el parpadear de las estrellas.

El Sueño de una Noche de Castillo

O F E L I A

Mí Príncipe Encantador,
Vuelvo al mundo entre graves engaños,
Mas te debo el salir de otros daños;
¡Ah, yo sé dónde vive la flor
Que adormece desde hace cien años
Al castillo en su místico olor!

A R I E L

Elfos y genios, teorías cantantes,
Tornad vuestras gracias al niveo camino,
Seguid en cortejo la pálida hermana.

L O S E L F O S

Volemos ornando los claros paisajes
Y vibren los himnos,
Los cetros, las flores, los mantos, las alas.

P U C K

Ya los sauces se marchitan gemebundos en el lago,
Ya se borran los reflejos del sepulcro inmateral;
En el séquito la virgen libertada de las sombras
Va ceñida con diamantes de un palacio de cristal.

L A S N I N F A S

Dulces sirenas, tomad las redes
Festívemente; las cabelleras
Mezclemos ágiles, y que sus flores
Luzcan cual viva legión de estrellas;

Vencen las nobles piedras preciosas
Desde las redes a los luceros;
Darán los astros de nuestras linfas
A vuestras voces hechizos nuevos.

Se adelantan las sirenas
Jugando por la laguna;

El Sueño de una Noche de Castilla

Fosforecen en sus crenchas
Temblantes rayos de luna.

HERDA

Dulcísima violeta
En mis miradas arde;
Amoroso poeta
Del crepúsculo, soy tu clara tarde.

MYRTILA

En mí pupila hay claridad de rosas;
¿No vaga entre las nieblas trovero señorial?...
Soy su rumbo, soy su aurora...
En mí llanto está el rocío, de la dicha manantial.

HERDA Y MYRTILA

Nuestras voces de armonía
Tiernas juntemos,

Y el fulgor del Mediodía
Le brindaremos.

EL RUISEÑOR

¡Pobres sirenas, se acabó el prestigio!
Irán los trovadores
Hacia la selva.
En su vernal prodigio
Canta la vida, y vuestra voz de muerte
No anima los ardores
De la hermosura mentirosa y fuerte.
Ha perdido el misterio
De pérfida atracción, el cementerio
De la extraña laguna...
Juguetead, mientras buscan los raudales
De mis sonoras fuentes de cristales
Amortajarse en la piadosa luna.

Las redes zozobrantas, resurgen, flotan;
Las sirenas sacuden sus gayas listas;

El Sueño de una Noche de Castillo

Los cuerpos de alabastro, las verdes colas,
Reflejan en sus juegos las amatistas.

EL RUISEÑOR

Canto embriagado por mí ardiente oficio
Y la lírica noche no responde...
Vuestro coro, sirenas, no propicio
Al amor, se me esfuma y se me esconde.
Suenan en las torres rutilante trompa,
El clamor paraliza mis escalas,
Mas el cortejo, con su rica pompa
Tómase ímán de mis abiertas alas!

Y vuela el ruiseñor :
Se agita tras la virgen
Que arrastra al castellano.
En torno de Veleda
Van las locas de amor.
Van las hijas de Shakespeare
En guirnalda viviente :
Y custodiando a Ariel,
Los elfos y los genios
En ronda iridíscence.

Las ocultas orquestas
Convierten en los giros
De sus gloriosos sonos,
Las notas en suspiros
De sus propias canciones.
Refulgen las terrazas,
Refulgen las almenas,
Tan blancas, que la luna
Es sombra en sus cadenas.
Las domina gigante
Y encendido el torreón,
Cual un solo carbón
Transfigurado en colosal diamante.

O F E L I A

(que evoca a la Bella del Bosque).

Mientras mecía mi cuerpo el lago
En las virtudes de su reflejo,
Ella dormía su sueño: mago
Que la guardaba como mi espejo.

A R I E L

¡Cese el tumulto de los sonantes
Coros: la Bella no ha perecido!
¡Reíne el silencio! ¡Marchad radiantes
Como los astros, sin un ruido!

V E L E D A

¡Sí sus hechizos de legendaria
Virgen, resurgen divinizados,
No deis un grito! ¡Vibrad callados,
Como en ferviente mental plegaria!

E L A S T R Ó L O G O

El siglo de su sueño fenece mi señora;
Veleda, haz que se acabe la marcha del tropel:
Tan sólo en el preciso momento de la hora
Final, debe tocarla la mano del doncel.

TRISTÁN

(alzando los ojos).

Sin un dedo de sombra en el cuadrante,
¿Cómo saber cuándo fatal recibe
El minuto naciente al expirante?

P U C K

¡La luna borra lo que el sol escribe!

EL ASTRÓLOGO

Y que el minuto grávido adelanta,
Lo está diciendo la inquietud del cielo...

PIERROT

(radioso en la espectante torre).

No os aflijáis: en el lírio,
Don de mí astro, hay un consejo,



El Sueño de una Noche de Castillo

Pues sus pétalos son copos
De las nevadas del Tiempo.

El mensajero, al instante,
Leve suspende la flor,
Echando sobre el cuadrante
La sombra de su fulgor.

V E L E D A

La línea no es línea; la mancha consciente
Ocultá callada la ley de su mente.

A R I E L

Reflejo, belleza, camina,
Camina, tu sombra germína,
Con ritmo, con alma dívina.

V E L E D A

El dedo glorioso se allega a la cruz
Que marca la Una;

El dedo sintiéndose flor de la luna,
Al ras de la hora se vuelve de luz.

EL ASTRÓLOGO

Gentil castellano,
Traspone el dintel;
La virgen perpleja levanta una mano,
Agítase Ariel.

De la sala del Trono Ariel corre
Las ligeras cortinas sedosas;
Y la Bella Durmiente del Bosque
Aparece en su lecho de rosas.

PIERROT

¡Oh! genios alados, tomadme mi lirio,
Ponedlo en las manos del noble señor,
Él sabe las ansias de nuestro deseo...

LA BELLA DEL BOSQUE

(sintiendo la flor).

¿Quién habla? ¿Quién llega? ¿Qué es este delirio?...

Un paje entreveo...

No es paje, ni es hombre: contemplo al Amor.

TRISTÁN

Y sí el Amor, princesa,

En un acorde de perfectos sonos

No puede iluminar dos corazones,

Extinga el fuego que al quemar no cesa

En el mío que clama,

O pase al vuestro la violenta llama.

LA BELLA DEL BOSQUE

Ha un siglo que dormida

Yace en el lecho de la paz, mi vida.

Fué mi espíritu siempre, en su capuz,

De mis frescuras juveniles dueño;

Así juntó mí inenarrable sueño
Cien primaveras de escondida luz.
¡Que tus lirios gloriosos me coronen,
Mientras por evitarse los agravios
Del despertar, mis viejas estaciones
Píden su aurora a tus amantes labios!

TRISTÁN

¡Oh dulce amada mía,
Más hermosa que el monte y que las eras,
Tu beso con la flor de la alegría
Perfuma las humanas primaveras!

Absorto te contemplo...
Arde la antorcha de la fe: me alcanza
Redentora esperanza,
Mas no oso alegre dirigirme al templo.

Mí corazón que es corazón de hastío,
Casí adora el penar, pues su dolencia

Lo salva de morir en el vacío.
En mis ojos verás la transparencia
De místico deseo ;
En mis manos con manchas estelares
De todos los lagares,
La avidez de bañarse en el Leteo.
¡Desgraciado del hombre sí en el mundo
Píde al amor lo que el amor no ofrece ;
Lo que eterno no crece
En la borrasca de su mal profundo,
Ní en el deleíte de su bien florece !
¡ Aunque se anuncie entre festivos cantos
Muéstrame Amor un doloroso estigma :
Enciende nuevas almas de quebrantos
Sin decírles su causa, ní su enigma !..
Y en ese mundo que trocaste riente
Por letargo halagüeño,
Pensé como sí fuera más que un sueño
El juvenil engaño de mí mente :
Invierno sin amores
No merece la paz que se recrea

En el humilde fuego de colores
De grata chimenea,
Reduciendo a sus gráciles cambiantes
La beldad de los orbes rutilantes.
Primavera que fulge sin amores
No merece claveles
En las ventanas, ni en el huerto aromas,
Ni en los aires palomas
Ni en las colmenas mieles..
Estío sin amores
No merece rabeles
Ni el claro ritmo que la danza encierra,
Ni el ígneo sol de las azules fraguas,
Ni el gozar a la margen de las aguas
De las sombras benditas de la tierra.
Otoño sin amores
No merece mirar las mustias hojas
Hijas del Sol y del Estío, errantes,
Que olvidan las quietudes de la siesta,
Y en áureos lampos de vislumbres rojas
Agitan murmurantes

Las mil mortajas de su antigua fiesta.
Dijo entonces doliente
El alma al corazón: « busca pasiones »
Mientras gritaba el corazón ardiente:
« Y tú, dame ilusiones » ...
Así, como corcel y caballero,
Emblema del centauro verdadero,
Abandonaron los nativos lares,
Y en los linderos del límite postrero,
Ya fatigados de la tierra hermosa,
Con sangre en los ijares,
En los frenos la espuma tumultuosa
Amarga herencia de febriles mares,
Saltar quisieron a los astros mismos:
Mas les mostró la luz vertiginosa
En vez de las montañas los abismos ...
¡ Oh princesa de fúlgido contento,
Llegue a tí la verdad de mi lamento!
Beatriz lució un instante:
Al contemplarla enajenado, el mundo
Clarificóse cual gentil diamante;

Vistiéndose de júbilo profundo,
Echó al olvido por sus glaucos ojos
Hasta el brillar sereno
De los ponientes rojos.
Y yo que nunca hablé con la doncella,
Cuando el sepulcro la ocultó en su seno
Me dije: « adiós la matutina estrella »...
De la sombra de luto
Brotó un jardín, en que el deseo es fruto
De toda flor, y que al cundir derrama
El rudo aroma de sus ígneas crines,
Misterio, canto, llama...
Allí tañe en fantástico lamento
El bronce de los puros serafines;
Allí, los paladines
Blancos elevan su elegía al viento.
Extraordinarios seres,
Miríficas mujeres,
Expanden el veneno de su hechizo:
El color y el perfume de las rosas
Se juntan a las Evas voluptuosas

Del nuevo Paraíso.

La serpiente en la lumbre reverbera,

La serpiente palpita entre las ramas,

La serpiente refleja en sus escamas

Troncos, flores, zarzales;

La serpiente suspira entre los nidos,

Y entrelaza invisible a los sentidos

Sus alientos triunfales!...

Fatigado en la estólida indolencia,

Quise a la lira impura

Arrancarle el secreto de su esencia:

¡Inútiles afanes! la amargura

De las cenizas abrevó mi ciencia.

El ansia divinal de la ternura

Me sacó del abismo fascinante

Por la virtud de lámpara radiante,

Mas su místico fuego

Sólo estaba en mi ruego:

En la falaz arcilla

Que al fin se rompe si el fervor la ensancha,

Se evaporó el rubí de maravilla

Y el óleo destellante se hizo mancha.
¡No mueren esas lámparas traidoras
En abyección: sí el alma le pidiera
Su secreto a la luz de las auroras,
También el sol en abyección muriera!
¡Todo sucumbe, todo se marchita,
Y lo fugaz en el amor incita
A lo inmortal! ¡Oh fúnebre químera!
El anhelo se instala perdurable
En el cuerpo mudable,
Inferior a los raptos de infinito:
Así de aquello que empezara en canto,
Perdida la ilusión, surge con llanto
La inmensa voz de doloroso grito!
El ansía de infinito en la hermosura
Reflejada, es miraje de tormento,
Como el cielo en el mar es amargura
Aunque lo mezca aserenado el viento.
El ansía de infinito en los amores
A pesar de su fuego desconsuela;
Semejante a la lava de colores,

En grís de penitencia se congela.
No mandan invencibles los sentidos;
Mas sí la simple nota
Vibrante y recia de su líra brota,
Se estremecen los hombres y los nidos.
Loa al Amor el ruiseñor sin mengua,
Mientras suspira: « en mí cantar elevo
El esplendor sonoro de la lengua
Sagrada del renuevo. »
¡Feliz!, pues en su trino
Nupcial no centellea
La turbadora idea
De nuestro mal divino:
Beber la angustia del amor humano,
Advertir su misterio soberano,
Pensar... Pensar!... Y el insaciable anhelo
Se acrece ante la fosa:
Las alas de nocturna mariposa
Crean el rumbo del infausto vuelo.

¡Ah! la inquietud que lúcida encadena,
Que pérfida envenena,
Hija del pensamiento,
En el fondo también del sentimiento
Su duro bronce suena;
Bronce que funde inerte,
Pero eternal y vivo,
El canto de alegría fugitivo
Al doble inexorable de la muerte...
¡Princesa! la esperanza milagrosa,
Por tí, feliz renace y me consume;
Tu sueño purifica, ¡oh noble rosa
Que adquieres tu color en tu perfume!
Tu hermosura a tu alma corporiza
Y el alma tu hermosura divíniza.
Tú amabas antes de existir el mundo,
Y antes que el mundo del Amor naciera;
Por eso en tí venera
El amor más profundo
Su voz más hechicera.
Tu copa es cristalina

Como la fuente del Eden prístina
Que un angel contuviera.
Es tu copa sonante
Como el aliento del Señor, flotante
Sobre lo hermoso y bueno:
Acaso en su inocente
Fulgor, tiembla sereno
El angel primitivo de la fuente.
Si vibra, su sonido que arrebatara
A la inquietud del alma la exorciza,
A la inquietud del corazón la mata.
La iridiscencia del cristal desliza
Al mismo sol por los lunares velos;
Y la Muerte cantando los matiza
Coronada de rosas y asfodelos.
¡Alto cristal que todos los colores
Ofreces en un haz de resplandores:
Desborda de tu espléndida riqueza
Un destello de amor de lo absoluto;

El rayo que no acaba, que no empieza,
Que da la eternidad en un minuto!
¡Tú que revelas en tu rostro terso
La fuerza omnipotente,
Que en su transporte íngente
El milagro forjó del Universo:
Si eres del Árbol del Señor tributo,
Quiero ser savia en tu sagrado fruto;
Si de su poderío eres diamante,
Para fulgír cual astro,
Quiero ser viso de tu luz cantante
Y en las alturas estampar mí rastro!
Mas si traicionas el glorioso anhelo,
Ni a mí alma bajas, ni mis labios beses:
Huyan tus brazos de los brazos míos...
¿No dice el labrador al sol del cielo:
«Muere, si en vez de fecundar las mieses,
Llanuras quemas y evaporas ríos?»

L A B E L L A D E L B O S Q U E

Mí amor dilatará tu primavera
En la verdad de la esperanza mía;
El dulce Sueño, hermano de la Muerte,
Por mí luz reverbera,
Solar antorcha ante la tumba fría;
¡Ven, y en mis brazos triunfarás cual fuerte!
¡Oh príncipe! La santa poesía
Te aclama en sus acentos de hermosura
Pastor de las quimeras inmortales,
Y nunca, sin ventura,
Te quejarás de congojosos males.
«¿Por qué tras del placer tanta amargura?»
El amante prorrumpe con voz queda
Bajo los astros mudos y desiertos,
Entre las hojas de silencios yertos,
Sobre la tierra que callada rueda
Sus legiones de vivos y de muertos.
Tú nunca lo dirás, y ese mutismo
Del planeta, los astros y las ramas,

Será la adoración del Tiempo mismo
Vistiéndose de formas, a las llamas
Eternas, de tu monte y de tu abismo.
Tampoco en sus fecundas alegrías
El florecer feliz de los collados,
Preguntará como en antiguos días:
«¿Cuándo a la amante enterrarán los prados?»
Al trascender los fértiles oteros
No temas los senderos
De valles desolados;
Verás cómo a mis pies vive la Aurora,
Y cómo ante mis rojos borceguíes,
Con exultantes chispas de rubíes
El suelo de las tumbas se colora!

TRISTÁN

¡Oh reina fuerte! ante tu voz me inclino...
Olmo sagrado te esculpíó el destino;
La viña de esmeralda
Te ceñirá guirnalda
Triunfadora del cierzo del camino.

LA BELLA DEL BOSQUE

Impera en mis benditas heredades ;
No tocarán sus vastas soledades
Los ríspidos cuidados de la urbe . . .
Vive como las flores,
Que exhalan en aromas sus amores
Sin que el misterio universal las turbe.
Hay aguas del Jordán en la corriente
De mi Leteo ; la inquietud se calma ;
Al través de la sombra transparente
Crée ya sentir la eternidad del alma.
Mi palacio se erige, y el conciento
Del coro de las cosas,
Remontando el azur del firmamento,
No encuentra entre las nubes vaporosas
Más fúlgido contento
Que entre el olor de mis divinas rosas.
Tampoco encontrarás en tenebrosas
Grutas, sibilas de vidente acento ;
Inútiles serían las Egerías

De sabio entendimiento:

El invisible manto de miserias

Rompe mi voz, y se lo lleva el viento...

¡Ved, el llanto que trae el peregrino

En los ojos oculto,

Se evapora feliz de su destino:

Sagrado incienso de amoroso culto!

Ah! bendecidme, humanos;

Yo ofrezco con las cruces las escalas;

Junto en la vida las caducas manos,

Junto en la muerte las abiertas alas.

TRISTÁN

¡Sublime comunión! ¡Arda la idea

De Dios en nimbos de tu clara cumbre,

Como se anima en la ferviente lumbre

Sobre los mares que inspirada crea!...

¡Oh! tú, Beatriz clemente,

Tú, impiadosa Medea,

Pasión, ensueño, realidad potente;

¡ Oh! tú, mística hermana,
¡ Oh! diosa soberana:
Haz que despierte el alma, y se dilate
Por la esperanza de tu ser ungida!
Mí corazón que agonizaba, late
Con la impetuosa sangre de tu vida!

LA BELLA DEL BOSQUE

En labios de mujer mi voz más pura
Profanamente despertó; soy hada
Que el amor de los hombres transfigura...

TRISTÁN

Mí dulce fuente de ebríedad alada,
Flor de terneza convertida en fruto,
¡ Tú eres, sí, la que brinda aprisionada
La eternidad viviente en un minuto!

LA BELLA DEL BOSQUE

¡ Amor, bendito seas !; con el sueño
Del mundo, en tu delirio,
Arráncale a mí dueño
El temor del martirio...

TRISTÁN

¡ Amor, bendito seas !: la llorosa
Pena se funde en tu supremo lazo ;
Místico incienso, llama voluptuosa,
Delirio de la nube y de la rosa,
Por tí la tierra con el cielo abrazo...

El beso de los amantes,
Himno, vida, sol, conjuro,
Entre acordes de las férvidas falanges
Alza al cielo claro muro.

V E L E D A

¡Milagros de los sueños! ¡Catedral!
Ya suenan exultantes las campanas;
Celestes caravanas
De coros diamantinos
Coloran las ventanas;
Venid, oh peregrinos,
Al templo de cristal...
Más que las luces ilumina el canto,
Inmaterial como la lumbre misma;
El gozo y el quebranto
Con la esperanza fulgen en su prisma;
Pero la dicha en el ardor sonoro
Logra vencer al llanto
Bajo las flechas de sus notas de oro.
¡Adelanta, Tristán: presta al acento
De tu humana pasión, siempre un aliento
De Dios purificante;
Ya el lirio de la luna en el diamante
De la tierra florece, y luminosa

Sobre tu frente pálida se posa
El ave del espíritu triunfante!

LA BELLA DEL BOSQUE

Escucha la promesa prodigiosa:
Tiembla sutil en el sonoro encanto
De la onda embebecida...

TRISTÁN

Las hadas tejen, al oír, un manto...

LA BELLA DEL BOSQUE

¡Manto nupcial para vestir la vida!

VELEDA

¡Oh! sombra propicia a la voz de los ritos sagrados,
Al par que sus nupcias el Dios de los orbes bendice,
Al par que recuerdos de sol en mis muérdagos brillan,

Míremos los sueños de Amor cual los hijos nocturnos
De más poderosa existencia,
Pues vencen al tiempo con luz que renace en la tumba.

TRISTÁN

¡Oh! mí amada, primicia redentora
Del templo vivo de la eterna aurora,
Tu rostro finge celestial vidriera,
Tu mente es luz que su matiz anima,
Y enajenado en la inefable cima
El alto acorde el corazón venera.
Ven, dulce esposa, nos invita el trono,
Donde hasta el león de su vetusto escudo,
Piensa, al sentirse en el concierto, mudo:
Mí fuerza es himno, y el amor coronó!

Los amantes ascienden las gradas
Bajo lluvia de flores; graciosa,
Sobre el trono, de pie, la princesa
A su corte domina imperiosa.

LA BELLA DEL BOSQUE

Benedicid al amor de los amores
Que con su aliento acaba los dolores...
¡La Realidad me reverencia huyente,
Y muere ya sin proferir clamores!
¡Sólo es verdad la gloria de mí mente!

Flexibles las cabezas ondulan y se inclinan,
Ofelia con un grito desplómase en el lecho;
El séquito se aduerme por el salón que evoca
Un campo de batalla de la ficción, deshecho.

LA BELLA DEL BOSQUE

¿Se desvanece mí amante
Como en tranquila ebríedad,
Y mí seno no le crea palpítante
Vigília de claridad?

El Sueño de una Noche de Castillo

CALIBÁN

(apareciendo en las gradas del trono).

Dijiste la palabra que prohibida
Tiene a sus hijos la implacable Vida.
Triunfarás sólo si tu corte el sueño
Guarda en las redes del sutil beleño;
Así de aquesta suerte
Reina serás de un reino de la muerte.

*(Mostrándole el lirio del Pierrot que lleva
Cual joya sagrada de su cabellera).*

Eres forma del humo arrebolado
Sin consistencia alguna,
Y no contenta desafiaste al hado
Con la flor de la luna.

A R I E L

Engendro de la serpiente,
Manantial de mí tristeza,
¿Quién la fealdad repelente
Ocultó de tu cabeza?

CALIBÁN

¡Oh, engendro de los querubes,
Señor de flores y nubes,
De luceros, fantasías y Parnasos:
¿Ignoras que soy sombra perenne de tus pasos?

TITANIA

¡No me abandones, Ariel, Ariel!
¿He de morirme, nota perdida?

ARIEL

¿Quién, ay! conserva su antigua vida
Sobre las rosas del escabel?

TITANIA

Es tu Títanía, mas no te veo.
Hallé en dos ojos humana tienda,
Dormí, y me ofusca, como una venda
Solar, la gloria del Hímeneo.

El Sueño de una Noche de Castillo

A R I E L

Retorna a los aires, mí fúlgida hermana,
Despliega tu ritmo de alado rondel;
Tu flor nuevamente forjará mañana
Hechizos profanos con mística miel.

Abandona Títania los brazos
Del gentil caballero dormido,
Sin saber que en la red de sus lazos
Un ensueño de lumbres ha sido.

H E R D A Y M Y R T I L A

(cantando a lo lejos).

En los sauces la vívida esmeralda
Vence al triste topacio,
Y ya la tumba de cristal marchita
Fulge como un palacio.
¡Oh, Princesa del bosque, en los azules
Fondos gimen las ramas ;

Angel de Estrada

Tú infiltrarás en sus verdeantes tules
Las inmortales llamas!

L A B E L L A D E L B O S Q U E

(Con oído atento

Al dño lejano traído en el viento).

Algo queda de mí noche de esplendor,
Y puedo, reino mágico, útil serte.

C A L I B Á N

¡Sólo queda tu canto de muerte,
Oh reino mentido de loco fulgor!

Mí alegre coqueta
Camina a la tumba,
No es tumba completa
La tumba sin flor.

L A B E L L A D E L B O S Q U E

Hacia la muerte marchó jubílosa,
Necesita su ser de mí belleza.

El Sueño de una Noche de Castillo

¡Tálamo azul se volverá mi fosa!
¡La fantasía del vivir empieza
Donde el Ensueño del amor se posa!

La princesa, dejando al castellano,
Camina tras la voz de las sirenas:
Las aguas la sepultan con revuelto
Ondular de espumosas azucenas.

A R I E L

¡Oh mi dulce Titania!
Descansa Ofelia en el florido lecho
De la Bella del Bosque,
Y la Princesa en el cristal del lago
Donde yacía Ofelia...
Y tú, mi caballero,
No desesperes al herir las gasas
De tu intangible sueño;
Para vencer la realidad malvada,
Duerme en mis brazos, que el soñar es bueno:
¡Imagen dulce de verdad más alta!

CALIBÁN

Dí que el alba se acerca,
Y esa tu gracia, terca
En tejer iris con luciente espuma,
Te la dísipa rota ;
El imperio de nubes se te esfuma
Y anhelas consolarte en la derrota.

ARIEL

¡Ah! que la aurora se elevó no niego ;
Por las ventanas del rosado Oriente
Presta al rocío su mirar de fuego,
Y en los cristales se dilata riente.
El castellano pensará que llora
La brevedad del sueño ; ¡que el diamante
Con el iris furtivo se colora
Para cantar la gloria de un instante !

CALIBÁN

Adiós, eterno loco ; sin tu anhelo,
El Castellano pensará : el rocío

El Sueño de una Noche de Castillo

Es el sudor del cielo
Transpirante en la noche del Estío.

Los chispeos desertan la corte ;
Los semblantes, las armas, los mantos,
Mustios tiemblan ajados, sutiles ;
Los colores se exhalan cual hálitos
De las bocas dormidas que fingen
Dulce paz de ventura en sus ritmos.

A R I E L

Dormid también, oh genios,
Yo pido por vosotros
Perdón al padre Shakespeare :
Habéis sin su permiso
Vibrado en los jardines
Del castillo feudal.
Dormid, vuestros encantos
No mueren en el alba ;
Seguís a las estrellas,
Palidecéis tan sólo,
Y estáis, como ellas, vivos
Tras velo inmaterial.

El trono desaparece
Con la corte y el salón;
Resurge Tristán dormido
Sobre el lecho del blasón.
No queda un solo recuerdo
De la luna en la inquietud
Del crepúsculo, que al lecho
Da apariencias de ataúd.

T I T A N I A

Mí cuerpo ya sutil
Cual brisa del Abril
En clara luz termina...
Mí diáfano cabello se evapora.

A R I E L

Espera... no es la hora...
Descorre suavemente la cortina.

T I T A N I A

Comprendo: ¿quieres ver cómo la aurora
Sacude su rocío de alabastro,
Y al caballero baña en arrebol?

El Sueño de una Noche de Castillo

A R I E L

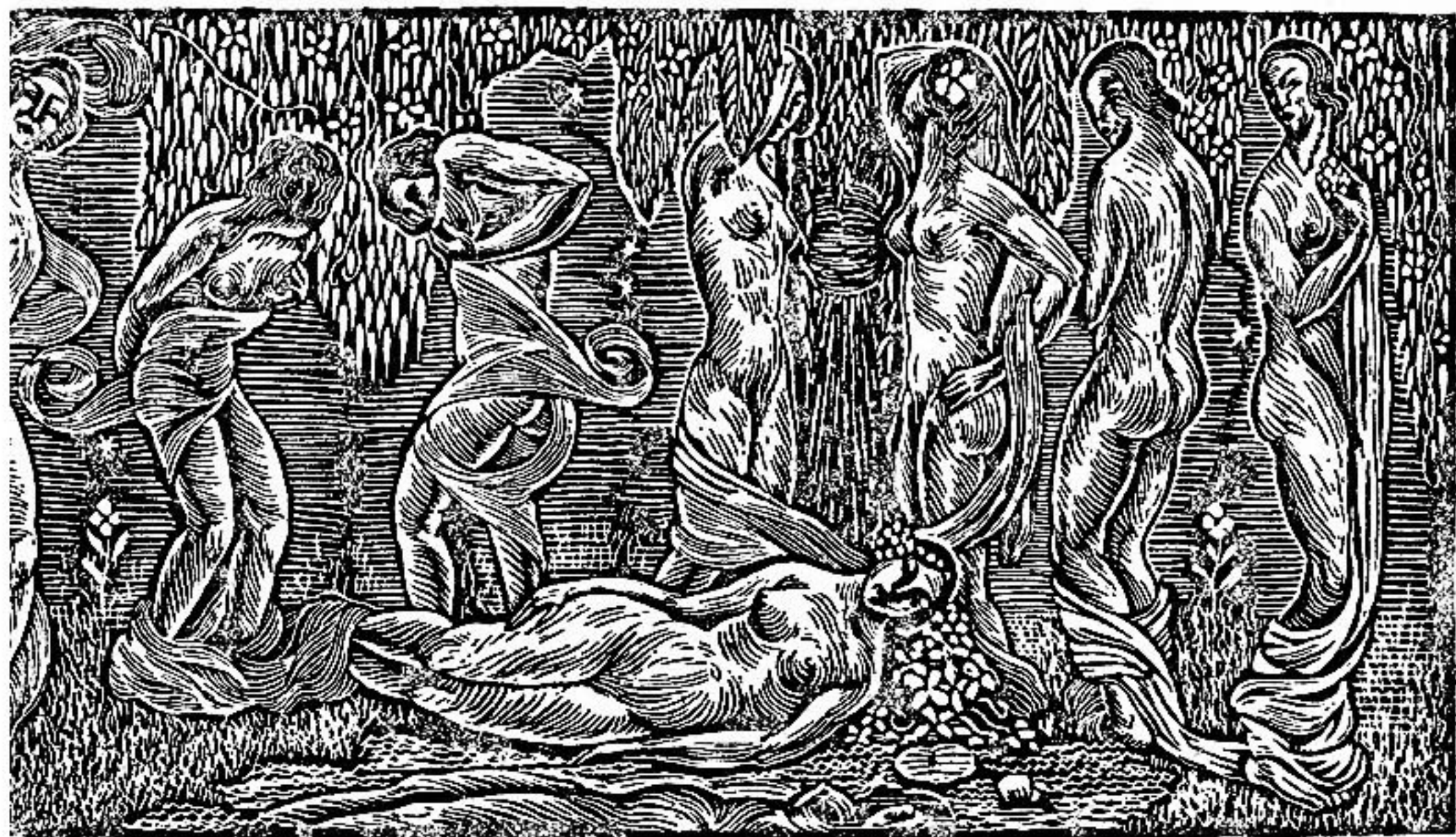
(desvaneciéndose ligero).

Impído que sonora
Lo estremezca brutal locomotora...
¡Sí: que lo bese un astro,
¡Que lo despierte el Sol!



Compiègne. - Agosto de 1911.

Los Espejos



En las penumbras misteriosas, viven
Meditabundos, con la faz nublada ;
Al reflejar las cosas, las conciben
Con tristeza de ensueño en la mirada.

Y acentuado el silencio, por rumores
Fugitivos y leves acaricia,
Sus adormidos lánguidos fulgores
Con muelle y blanda singular delicia.

Cuando la luna soñadora lanza
Sus besos blancos, y a filtrarse empieza
Por los cristales, sí a un espejo alcanza,
Florece su fantástica belleza.

Hace él con nieve de la luz, espuma,
Y espuma desterrada de su astro;
Lágrimas llora de impalpable bruma
Prisionera en contornos de alabastro.

Ved cual retrata la celeste esfera
Vivo espejo de lago rutilante,
Y ved al mundo del dolor, químera
Evaporada en su cristal sonante.

Con que gloriosa lumbre llena el seno
De las profundas aguas lo infinito,
Bajo la curva del zafir sereno
En paz inmensa, sin la voz de un gríto:

Y entre los dos espacios, suspendida,
Su Ensueño mece con hechizo el alma,
Como una nube de algodón dormida
En un ambiente de sublime calma!

Entre exóticas hojas de esmeralda
Bríllan al son de la febril orquesta,
Y tejen sus reflejos la guirnalda
De la alegría en la galante fiesta.

Si se miran las lunas nigromantes,
De una imagen, imágenes difunden,
Ligándolas así como vibrantes
Arpas, sonidos acordados funden.

Y flotantes, aéreas, repetidas
En sus nimbos quiméricos las cosas,
Encienden al morir desvanecidas
El ansia de las huellas luminosas.

Así, lejos de labios convulsivos,
Entre los tules de espumoso rastro,
La blonda mata de sus oros vivos
Contemplé destellante como un astro.

¡Y hacía padecer! ¡Oh caravana
Del Ensueño inmortal! por el espejo
Vedle a la luz de sensación lejana
En el encanto del gentil reflejo.

Se incendian con las púrpuras triunfales,
Los tonos claros con amor suavizan,
Y con miradas de mujeres reales
Arreboles ideales armonizan;

Las siluetas afirman resaltantes,
Emblanquecen las nítidas blancuras,
Y así lucen los mármoles radiantes
Contentos de sus propias hermosuras.

Los arabescos en los campos de oro,
Porcelanas, bujías, resplandores,
Las leves formas de cristal sonoro
Desplegando sus risas de colores;

Pensamientos de vírgenes del cielo
Corporizados en fragantes rosas,
Lienzos que cantan el febríl anhelo
De las almas con tintas prodigiosas;

Todo lo hechízan, todo se hermosea
En la fuente dormida del semblante,
Como sí el soplo que estremece y crea
Los abrazara en lumbre palpitante.

¡Ah! Sí sentís la plenitud del cielo
Con los ojos cargados de tristeza,
Y lo que vive, con el vivo anhelo
De hallar el alma de su ideal belleza;

Y toda sensación, como sonido
Huye en alas de leve movimiento,
Y os deja, con recuerdos sin sentido,
Angustias al estéril pensamiento:

Al mirar cómo rozan un espejo
Los engarces de luces y colores,
Y contornos y líneas, sin un dejo
Estelar del tumulto de primores,

Crecerá vuestra pena palpitante
Sobre su nímbo luminoso y yerto,
En que armoniza con la luz vibrante
El frío extraño de la piel de un muerto.

En el hogar que reflejara un día
Opulento y feliz, leyó en aurora,
Sin sol de regocijo, la elegía
De los adioses que entre cirios llora.

Mujeres, danzas, y la danza aquélla
Encantadora de los trajes, nunca
Volvió a mirar en los salones, bella;
¡Hiedra envolvía la columna trunca!

Desde entonces parece que refleja
La pensativa luna de la casa,
Una sombra, que es símbolo de queja
En el recuerdo del dolor que abrasa

Al mustio corazón del que la mira.
Y al evocar el rostro, la cabeza
Que ya no puede reflejar, suspira
Cubriendo su cristal con su tristeza.

Severas las ferales colgaduras
Tapizan el salón; sin un ruido,
El aire entre las viejas envolturas
Está en silencio sepulcral dormido.

Un billete de letra amarillenta,
Nostálgico de un tiempo de fulgores,
Galante intriga de aventuras cuenta
Al polvo tenue de olvidadas flores.

Se piensa que si se abren los armarios,
Esparciránse en voluptuosos giros,
Sacudiendo sus gráciles sudarios,
Madrigales, perfumes y suspiros.

Y numen elegíaco de la sala,
Sobre fondo sombrío de un testero,
Sutíl tristeza misteriosa exhala
El retrato de noble caballero.

Entre dibujos de espejuelos blancos
Redonda luna de Venecia, crece;
Platíneas sierpes corren por sus flancos,
Y en el hastío esteril, envejece.

Cual arpa muda que el pesar concibe
Surge el reloj ornamental, erguido;
Meditando que el tiempo ya no vive
En el vaivén del péndulo mecido.

Parece que el espejo reverbera
Con la quietud de los tapices mudos,
El solemne silencio de su esfera
Coronada por ángeles desnudos:

Y por sobre él, sobre la luna, vivos,
Con inquietante lucidez que asombra,
Reflejan pensamientos aflictivos
Los ojos del retrato de la sombra!

En un desván, dentro de marco de oro
 Sin brillo, de la vida desterrado,
Está el vetusto reflector, tesoro
 De una gentil generación amado.

Al último viviente que sus bellos
 Rulos dorados le mostró de niño,
Fijaba taciturno en sus destellos
 Tocado ya por el fatal armiño.

Y un día ante su imagen reflejada,
 Vertió el viejo dos lágrimas ansiosas ;
Quizá al ver del espejo en la mirada
 El adiós pensativo de las cosas.

Vinieron otros, pero ya evocados
 No vieron en su luna antiguos días,
Ni extinguidos semblantes adorados
 Con recuerdos de penas y alegrías.

Y es su asilo el desván: de las cornisas
 Cuelga en jirones polvorosa malla ;
Húmedo aliento de las acres brisas
 Corrompe el oro de su dura talla.

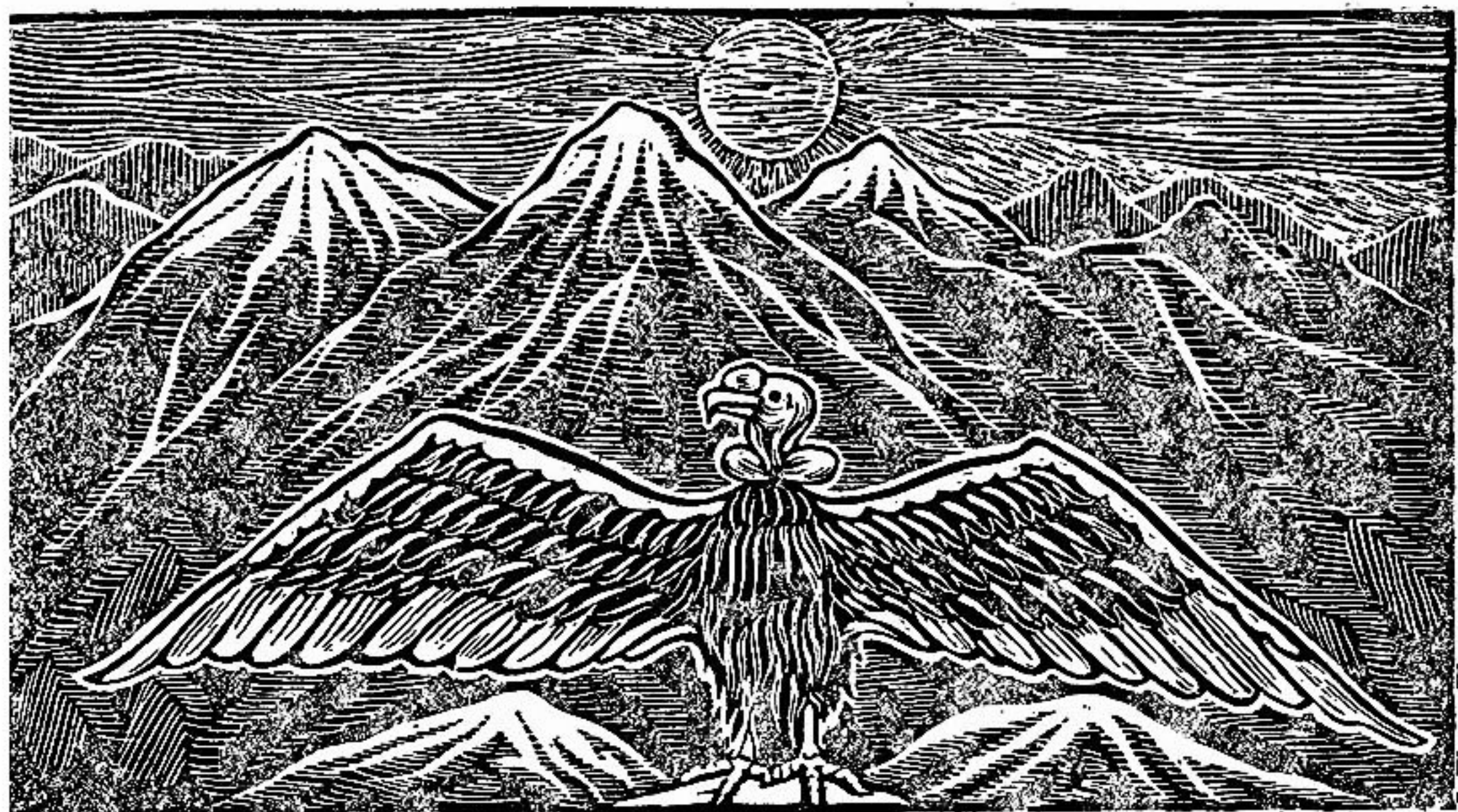
Angel de Estrada

Y al mirarse un instante en sus reflejos
En pleno amor de juventud sonriente,
Con el tinte amarillo de los viejos
De la caricia de su luz, se siente

La rara angustia con que el alba toca
Del cuerpo insomne las nocturnas huellas,
Cuando Psiqué tras de la fiesta loca
Ve apagarse las pálidas estrellas.



La Plegaria del Sol



I

Los Andes escuchaban en su pujanza inquietos,
Insólitos rumores poblados de secretos,
Y emocionada estaba la gran Naturaleza ;
Hablando entre los rayos de su esplendente gloria
A la gigante Musa de la inmortal Historia,
El padre Sol, tenía acentos de tristeza.

II

« Me siento fatigado de hallar en los volcanes
Mí fuego, en roja guerra de lavas y huracanes,
O de posar ardores en las heladas nieves ;
Me siento fatigado de ser nímbo grandioso

Sobre la calva adusta del cóndor, y gracioso
Reír de los colores en mariposas leves.

III

Me siento fatigado de iluminar la esfera
Azul, donde mi hastío potente reverbera ;
Mientras el Chímborazo y el Místi y el Tacora
La llaman a sus cumbres cual formídale hueste,
Y ansían en la tienda de la ilusión celeste
Aprisionar el carro de la veloz aurora.

IV

Me siento fatigado de dar al Amazonas
Y al Paraná mi vida ; desde intrincadas zonas
Descienden, bajan, vuelan, llevándome en cantares,
Y no pudiendo recios arrebatat islotes,
Se cubren espumosos de verdes camalotes
Para ir con luz y flores a conquistar los mares.

V

Me siento fatigado de repintar las vetas
De bongos y caobas, de florecer las grietas

Angel de Estrada

De troncos venerables en bosques centenarios ;
De hacer con los naranjos nupciales alegrías
Que a noches misteriosas y a luminosos días
Envuelven en alientos de niveos incensarios.

VI

No tengo ya en caobas altares de oraciones,
Donde bendígan cantos a mis felices dones
Adorando la fuente de mis aéreas ondas ;
Ni forman esos bongos aligeras piraguas,
Tendiendo mi alto culto por escondidas aguas
De selva en que mi rayo no perforó las frondas.

VII

Las vírgenes no pasan cubiertas de azahares
Con el metal de Raymí que me encendió en sus lares ;
Florece los naranjos sin recordar su aliento ;
Cayeron los altares cuando llegó a mi tierra
El hombre de la Europa que declaróle guerra,
Sin ver que yo la amaba cual otro firmamento.

VIII

Formaban densa nube de tempestad: la raza
Salía de sus almas brillando en la coraza;
Animé sus almetes cual yunque de sus lances,
Y en el vistoso alarde las furibundas testas
Ardían como fuente de las gallardas gestas,
Pidiendo el duro bronce de castizos romances.

IX

Soldado noble y fiero, manchólo la codicia;
No contempló más cetros en flores de delicia,
Buscó en la entraña abierta mi luminoso rastro;
Y al fin enceguecidos los domables Cides,
Olvidaron en medio de las épicas lides,
Que el oro allí se encierra cual símbolo de un astro.

X

Está enseñando al hombre mi reino con su fibra
Abajo de las mieses; así mi lumbre vibra
En las entrañas hoscas del tenebroso seno;
Oredece los campos y en ascendentes lluvias

Angel de Estrada

Remonta del ondeo de las espigas rubias
A la quietud dorada de mí esplendor sereno.

XI

¡ Ah, siendo el gran maestro, no me oyen los mortales !
Mís símbolos no copían la luz de mís raudales ;
Soy el creador fecundo ; mí vida va lo mismo
Al cóndor del espacio que al caracol rastrero
Que deja por gloriarme su plata en el sendero . . .
Soy díos sobre las cumbres, soy díos sobre el abismo.

XII

Yo canto en el estruendo de rápidas corrientes,
Yo canto en el murmurio de las tranquilas fuentes ;
Yo río en cataratas donde mí lumbre brota
Con explosión hirviente que fascinante avanza,
Y doy a los rocíos un iris de esperanza
En flores conmovidas al despedir su gota.

XIII

¡ Y siendo el gran maestro, no me oyen los mortales !
Aquí mís templos bríndan apenas sus señales,

Mis templos arrasados para entregar riquezas :
¿Por qué no alzó a las cumbres el español los ojos,
Sintiendo, entre las chispas que echaba en los despojos,
La inspiración del alma que fulge en mis bellezas ?

XIV

Hoy más que sobre el monte que esculpe mi reflejo,
Y más que sobre el río de melodioso espejo,
Mi luz a los escombros fervientemente baja ;
Y en reforzar la luna del templo, se complace,
Sabiendo que en el claro de la ilusión, renace
Mi culto entre los velos de mística mortaja.

XV

Mortaja que en la quena de fúnebre lamento
Desteje su hermosura perdiéndose en el viento
Con todo el desamparo de su melancolía :
Así, mi rayo intenso que reflejó la luna,
Al son del hijo errante de América se aduna,
Y más sagrado muere, volviéndose armonía.

XVI

¡Oh, Musa de la Historia, no olvides mi plegaria!
Infunde a los raudales de esa alma solitaria
Tus alientos de fuego; pues sí el postrer escombros
Le borra de mis templos, deseo que su canto
Lo muestre inmortalmente mirándome con llanto,
Mientras le tejo en rayos, la lira sobre el hombro...»

XVII

Profundo fué el silencio cuando calló el chispeo
Del Sol acongojado por su postrer deseo;
Y entonces los torrentes, las selvas, el paisaje
Entero, lanzó voces de ardor estremecido;
«¿Por qué, Señor, las quejas, y por qué tal gemido?
Nosotros te juramos eterno vasallaje.

XVIII

¿No ves cómo los vientos te cantan en las hojas,
Y encuentran en tu envío consuelo a sus congojas,
Pues creen llenar la esfera tocando tus fulgores?
¿No ves cómo los tallos imploran de las brisas

Las ondulantes gracias, para mover tus risas
Cuajadas en el cáliz de las flexibles flores?

XIX

¿No ves cuál tu caricia que calentó los lagos
Los vuelve en los reflejos de su prodigio, magos
De límpios espejismos, y tú no desfalleces?
¿No ves cuál les enseña a fecundar la orilla?...
Por tí la onda concibe la mies y cuando brilla,
Ya mezcla áureos destellos a sus plateadas preces?»

XX

La Musa de la Historia desparramó el conciento;
Sus ojos encerraban jirón del firmamento;
Su voz fué latigazo, la luz entrüstecida
Corrió sobre los montes, descendió las laderas,
Y se inflamó volante por las celestes eras
Hallando en sus acentos toda su antigua vida.

XXI

«¡Oh! padre, el horizonte de tu adorante es tumba,
En vano en él tu anhelo de redención retumba,

Yo me uno a tu tristeza para escuchar su pena ;
Marcharon tus imperios hacia lúndes opacas,
Jamás saldrán auroras de sus dolientes huacas
Venciéndo el grave tono de la nocturna quena. »

XXII

Y en los víbrantes ojos do ardía el pensamiento
Con chispas azuradas, apareció un momento
El llanto de los fuertes : un cielo con rocío
Así inclínó gigante sobre aquel moríbundo
Ideal, emblema frágil de amortajado mundo...
Luego gritó imperiosa : « ¡ Que predomine Clío !

XXIII

¡ Oh ! Sol del continente, de nuevo te proclamo ;
En tí mí excelso numen como en su fragua inflamo ;
Un pueblo se prepara a renacer : tu encono
Guarda, padre, ya tengo forjada aquí en el cinto,
Su estatua ; ya los Andes élévanle su plinto
Para inclíta acercarla a tu supremo trono.

XXIV

Anúnciase el instante. Mí pueblo vive mudo,
Pero mí voz se anima concibiendo el escudo.
Las redentoras púrpuras fulgirán en el brillo
De su gorro escarlata, que al fin purificado,
Esfumará sus sangres, y cual rubí sagrado
De paz simbolizada coronará un anillo.

XXV

Al broche de las manos tu prestarás el oro.
Vendrán del mundo entero, procesiones en coro,
A refundirse inciertas en la nación pujante;
Y el Sol de Carlos V con fuego de tus pías
Dorará los arados, las espadas, las líras,
Y no se pondrá nunca brillando en el Atlante.

XXVI

Los hijos que hoy preparan la lucha con su España
Serán en otros siglos, los nietos que la saña
Trocarán en amores para regar su brote.
Y triunfará en las tierras el hablar castellano,

Y tú, Sol de los cielos, te sentirás ufano :
¿No fué hecha con tus rayos la lanza del Quijote ?

XXVII

¡Oh! Reina fatigada de dibujar estelas
En los mares de gloria; tus viejas carabelas
Renacen en potentes y luminosas arcas :
Oh España, aquí las razas multánimes concílias,
Y muestran con orgullo los hombres sus familias
Como sí todos fuesen perínclitos genearcas.

XXVIII

Hidalgos argentinos de inmateriales golas,
Dirígen el torrente de las étnicas olas
Sin olvidar su estirpe de Trajanos y Aurelios ;
España, eres la madre de espiritual espuma,
El vino de otras cepas te aspira y se perfuma :
Tu cruz tiene la savia de los cuatro Evangelios.

XXIX

Cantemos en las cumbres el renacer latino...
Mas no, no adelantemos las horas del destino.

Escuchad, Sol, que en Grecia, sobre los dulces metros
De bailes que movían las cadenciosas faldas,
Te uniste con Apolo, cambiando las guirnaldas
De la sabiduría por hechizados cetros.

XXX

Escucha, tú que en Delfos con el Arquero sacro
Hiciste al vaticinio, verdad de un simulacro,
Esclareciendo el humo de las malignas lomas;
Y que Centro aclamado del fúlgido planeta,
No seguiste las alas de un cuervo de profeta
Sino el gracioso vuelo de gentiles palomas.

XXXI

Tú, que allí en ese templo, cercado por las Musas
Rompiste victorioso las canciones confusas,
Dando a la lira helénica el esplendor de un ara;
Tú, que allí cultivaste, cual abeja sus mieles,
El corazón de Dafne latiendo en los laureles,
Para infundir el ritmo de la belleza clara.

XXXII

En estas mismas selvas donde también un beso
Te enviaron en plegarias, fecunda ese embeleso,
Pues quiero que en mi escudo haya un laurel de Apolo;
Infíltrale en su gracia robusteces de encina,
Que a su vigor lozano no le procuren ruina
La Pampa ni los Andes, el Trópico ni el Polo.

XXXIII

Que tengan las virtudes de un inmortal olivo,
Más verde que aquel ramo del árbol primitivo,
Errabundo meteoro del Edén ya sin nombre;
Aquél que la paloma lució por el espacio,
Cuando hizo desde el cielo los puentes de un palacio,
El arco iris primero que contemplara el hombre.

XXXIV

Que tenga las virtudes del más grandioso roble,
Semejante al patriarca de la Guipúzcoa noble,
Que el niño cual el viejo con patrio orgullo nombra;
El roble que con voces de su fresca verdura

Ofrece el justo fallo de su moral ventura
A todo el que demanda protección a su sombra.

XXXV

Y en el escudo mío pondré su doble rama
Unida; cual con haces de inspiradora llama
Secará los sudores de los rudos trabajos;
Y mientras los artistas ya sueñan con sus rosas
En diádemas sagradas; ¡venid, lumbres radiosas:
Bañad gozosamente los venideros gajos!

XXXVI

Yo en tanto iré a las fraguas de los volcanes; quiero
Templar los lambrequines indómitos de acero,
Y adargas protectoras de ilustres ideales;
Quiero que en la defensa, sin padecer desmayo,
La espada sea nube de escandeciente rayo
Que mata con reflejos de luchas siderales.»

XXXVII

El Sol prestó a sus chispas un resplandor violento,
Sin sombra de tristeza, clamando en su ardimiento:

«No forjes esas armas; en horas bonancíbles
Daré al laurel vígores, y la lucha a las venas
Del paladín mi sangre para fundir cadenas:
El beso de mis lumbres hace hombres invencibles.»

XXXVIII

Cortó su pensamiento la brisa que un lejano
Rumor aproximaba, como de mar humano;
Rumor que no traía borrascosos embates,
Pero que ya mezclaba con fuerza visionaria
A la unción armoniosa de fervida plegaria
Tumultos febrícientes de ríspidos combates.

XXXIX

La Musa de la Historia dominó el horizonte
Y prorrumpió exaltándose: «Oh, soplo de Dios, ponte
De pie; ya intensa fiebre mi frente dora augusta,
Ya el pueblo se levanta, la libertad despierta
Cual viento de las pampas a plenitud abierta,
Ya cunde por los valles el ansia de la justa.»

XL

Y el Sol vibrante dijo: «No hay más divinidades
Que vístan cual los Horus mis rubias claridades;
Murieron en el tiempo, lo sé; los bellos sotos
Del Nílo, nunca glaucos inspirarán cínceles,
Para, entre adoraciones, poner en capíteles
Como plegarias pétreas de mí esplendor, los lotos.

XLI

No pido lo imposible, no pido que delincas;
Lo has dicho, ya ni puedo resucitar los Incas,
¡Oh! Musa de la Historia; pero vuélveme palma
Y encáname en un nímbo, que lo que amante sueña
Mí luz, es sobre campos de vírginal enseña
Sentir el gran prodigio: la animación del alma.»

XLII

La Musa, enajenada, crecióse; no era Clío;
Tenía en gestaduras, un resplandor bravío;
Brotaban de sus ojos las lumbres como estrellas;
Fluían de sus manos los ágiles torrentes,

Los golpes de las fraguas, los surcos, las simientes,
Las redes crepítantes de eléctricas centellas.

XLIII

Formábanle cortejos hírsutos los breñales;
Tocándole las plantas surgían los eriales
Vestidos con el lujo de primorosos prados:
Su soplo henchía velas, su aliento daba viñas,
La sombra de su frente rayaba las campiñas
Cubiertas por enjambres de dóciles ganados.

XLIV

Cual muros infranqueables se erguían sus broqueles,
Transformaba en centauros a indómítos corceles
De brisas impetuosas aligeros rívaes;
Sus aguas se lanzaban en rudos remolinos,
Torcíanse apacibles; giraban los molinos
Volviendo inteligentes las cascadas brutales.

XLV

Abría gigantesca los luminosos brazos
Hacia los horizontes, cual sí tejiera lazos

De un ríto de esperanza de fraternales cultos :
Sentíanse de mundos lejanos las miserías
Echarse a la ventura por las nuevas arterías,
En arduas caravanas de anhelantes tumultos.

XLVI

Vibraban en su pecho las vías estentóreas ;
Salían de sus hombros las ciudades marmóreas
Entre bosques que alzaban los nidos y las alas ;
Los vientos agitaban sus fúlgidos cabellos
Con hojas y perfumes y flores y destellos
Y arpegios resonantes de todas las escalas.

XLVII

No era Clío, era América siendo virgen y diosa.
El Sol le dió un abrazo con ansia generosa
De febriles ideas ; su flamante reguero
Ponía en las espaldas de transparentes lumbres
Las clámides ya prestas a remontar las cumbres
Fijando en cada chíspsa la gloria de un lucero.

XLVIII

La vírgen lanzó un grito radioso, palpitante,
Ligero, como flecha de un arco de diamante,
Que despertó los ecos de vórtices sombríos
Y cimas sonrosadas; un grito sobrehumano,
Un grito de apoteosis; la voz del Oceano
Hirviente con el coro tonante de los ríos.

XLIX

«Padre, Sol de los pueblos, olvída tu elegía,
Tú, que harás de naciones estrellas con que un día,
Se transfigure en cielos un nuevo continente;
¡Baja, sí, a la bandera de la que va en su ruego
A pedir con conciencia de claridad, tu fuego,
En inmortal bautismo sobre su noble frente!

L

Mas no quiero que sufras de nostalgia en la tela.
¡Oh! Genios de los aires, dadme el jirón que vuela
Y veo immaculado bogar en lo infinito;
Y de azur dadme un lampo con celestes albores;

¡Gracias, aéreos Genios! ¡Oh, Sol de mis amores;
Ya es un templo tu cárcel y en el templo te agito!

LI

Que en él resplandeciente jamás sufras ocaso;
Alumbra la esperanza del orbe, y a tu paso,
Sacuda el hombre ideas como el león las crines:
Que las bronceas trompas en su clamor egregio
Tu claridad expandan con resonante arpegio
De rayos y de notas en bélicos clarines.

LII

Que seas por los siglos en el pendón, medalla;
Suprema luz que en pechos de excelsitud estalla;
Infunde a los vivientes el alma de los muertos;
Fecunda y embellece con tus colores majos,
Y renacientes alas encuentren tus andrajos
Si el tiempo y los combates los aniquilan yertos.

LIII

¡Oh enseña refulgente!: que en ondulante arrullo
Dibujes la sonrisa de tu viril orgullo;

Y cuando se transformen las brisas juguetonas
En tempestad, atrae las rachas a tu pliegue,
De modo que el soldado que te levante, entregue
Sus redentores cantos al viento que aprisionas.

LIV

Sé, oh Sol, en los colores, bastión de tempestades,
Preparando la calma de futuras edades
Hasta llegar al cénit de la feliz carrera:
Y entonces, sin que nunca la comunión se rompa,
Proclame el que despliegue tu jubílosa pompa:
— Agíto entre mis brazos a la nación entera!

LV

La nación al olvido no dará, que en nocturna
Sombra, vives oculto, cual simbólica urna
De un ideal generoso que flota en los triguales;
Ella será en la tierra lo que eres en el cielo:
Fecundadora y límpida, con un divino anhelo
Te imitará brindando sus bienes fraternales.

LVI

Te imitará ofreciendo bajo el laurel primicia
De olivos y de robles con su paz y justicia;
Y el laurel, desde el Andes hasta las fuertes flotas,
Perfumará los aires y forjará su amparo
Con óleo de esperanza, seguro como un faro,
Haciendo de sus brisas universales notas.

LVII

Y en ese crisol vivo de razas, el poeta,
Supremo entre una corte de artistas, su paleta
Convertirá en guitarra, laúd, lira, salterio:
Para tañer las cuerdas con hondas vibraciones,
Y decir que tu emblema tejido de ilusiones
Es signo en este mundo de tu real imperio.

LVIII

Ahora, nación, marcha... Ya el astro está en la nube
De su pendón de glorias. Hasta mí cima sube!»

Oyóse : « Oíd, mortales », y el grito era sagrado,
Y esta vez tan potente, que el límpido horizonte,
« Libertad », clamó alerta ; « libertad », dijo el monte,
Y el grito más que el viento estremeciése alado.

LIX

La Musa de la Historia con emoción divina
Voló ágil por los aires como sutil neblina ;
Entonces todo el cielo fué un abismo sonoro ;
Y el Sol, cual sí bañase recién a la montaña,
Con un sacudimiento de su anhelante entraña
Vertió millones de albas en su torrente de oro.

LX

El Andes, conmovido, devolvió la avalancha,
Cual onda de granito que su esplendor ensancha,
Y en un deseo ardiente de porvenir remoto,
Mezclando patria y cielos, en grandiosos afanes
De mentes argentinas con fuego de titanes,
Lanzó sobre las pampas su inmarcesible voto :

LXI

« Que un día, allá en el Juicio Final, entre pendones,
Prorrumpa el Juez supremo, Señor de las naciones:
— El Sol yerto del mundo que triunfador fulgiera
Del anchuroso Plata sobre el broquel zafíreo,
Fué digno, al reflejarse en su mortal bandera,
De revivir eterno para alumbrar mi Empíreo! »



El Libro Ilusionado



VÉSPERO

Hace ya siglos que naciera el roble
Al grato son de las tranquilas fuentes ;
La hiedra enlaza en su ramaje noble
Lutos cadentes.

Un busto escucha, en la gentil metopa
De antiguo templo, querellantes aguas ;
El sol extingue en la verdina copa
Las áureas fraguas.

Los mirtos sueñan en graciosos muros,
La luna encanta la sálente villa,
Bajo su cuerno de alabastros puros
Véspero brilla.

¡Oh, flor de Francia que el cansancio pliega,
Reína del Norte: se acabó el camino!
Ved: tu poeta enajenado llega;
Desde el Sur vino.

Hace ya siglos que expandió su terso
Follaje el roble para daros cita;
Los mirtos sueñan y la fuente un verso
Dulce recita.

Véspero dice en la naciente noche:
«Hallad olvido en el amor profundo.»
Véspero dice en la naciente aurora:
«Volved al mundo!»

Es el reloj de los amantes, triste
Y alegre lanza refulgencias de oro;
Pone en el cielo de distintas tierras
Igual tesoro.

Mas da a sus lumbres formidables sombras,
Cuando en las horas del amor floridas,
No separa las albas de las tardes,
Sino las vidas.

¡ Oh, flor de Francia que delicia exhalas,
Y oh, tú que adoras su esplendor divino!
Véspero fulge con sus sombras malas
Sobre el camino.

Hace ya siglos que expandió sonora
Su copa el roble para daros cita;
Los mirtos gimen y la fuente llora
Con vuestra cuíta...

CYNTIA ES...

Cyntia es luz de inteligencia,
Cyntia es hogar de ternura,
Su espiritual transparencia
Es su mejor hermosura.

Cyntía levanta a los cielos,
Con la divina armonía
De su piedad, sus consuelos,
Su nobleza y su alegría ;

Mas a este mundo, sujeta,
Con el misterio vibrante
De su lánguida silueta,
De su cálido semblante.

Cuando nació, Praxíteles
Pensó en su mármol de Roma,
Y agregó : « que una paloma
Sacrifiquen mis cínceles. »

(Así, después con vestido
Que el arte de Francia sella,
Dirá la Venus de Gnido :
Vestida quedo más bella).

Oyendo al griego divino
Clamó Leonardo : « un cincel
No basta, que otro padrino,
Preste a su cuna un pínzel. »

(Así, después en la onda
De su viviente semblante,
Renacerá la cambiante
Sonrisa de la Gioconda).

Mas no es todo ; sí el vestido
De la moderna elegancia
Cubre a la Venus de Gnido
Como a una estatua de Francia,

El misterio de Leonardo
No puede en ella borrar
La rosa, el clavel, el nardo,
Del jardín de Fragonard.

Y, ah ! ceñídle una corona ;
Siendo la niña modesta,
Ignora que dá tal fiesta
Al arte con su persona !

NAVEGANDO

El caprícho armonioso de la ola
Del mar, que tornasola
La luz: todo el suspiro
Del movimiento en palpitante giro;
El esplendor sereno
De la nube sin trueno;
La majestad violenta
Atronando en la nube de tormenta;
La gracia misteriosa
De la silente luna
Mecida apenas, cual plateada cuna,
En la tristeza de la faz grandiosa;
La apoteosis del sol en el poniente,
Prestando a su agonía
Pompas más bellas que el ardor del día;
La augusta, viva, majestad creciente
Del espacio, encendiendo sus estrellas,
Con la voz infinita
Que, sí enmudece entre ellas,
Sobre el tumulto de las ondas grita...

Conciertan el cortejo
De tus ojos efímeros y reales,
Que ofrecen en la vida de su espejo
La idea de los cantos inmortales!



La fuerza en movimiento es la materia ;
La materia potente en movimiento
Guarda de Dios el hondo pensamiento :
Sangre vital de la fecunda arteria.

Fija el hombre la ley, en periferia
Que va del oro y de la planta al viento
Del espíritu, y siendo el gran portento,
No descifra el misterio de su Egeria.

La Egeria crece en invisible arcano,
Y con Amor, al corazón humano,
Levanta desde el oro hasta la vida
De las flores ; conviértelo en estrella
Superior ; mas si canta en la alta huella,
Decir la esencia de su lumbre olvida !

EL VIAJE IMAGINARIO

¿Por qué con tan vivaz melancolía
Recuerda los jazmines de Verona?
Esos jazmines en que pone el día
Evocación lunar como corona...
Entre espectros, con fúlgida armonía
De ventura secreta,
Una voz misteriosa dice: «amor»;
Otra responde: «le faltó su flor
Al contemplar el huerto de Julieta».

¿Por qué evoca, apenado, los caudales,
Los palacios ducales,
La armonía del agua y de la piedra?
¿Por qué la lumbre que en sus ojos medra,
Con palpitante imperio
De glorioso matiz, teje el misterio
De las mortajas de nocturna hiedra?...
Una góndola pasa con rumor
Que la onda leve del canal írisa;
Una voz misteriosa dice: «amor»
Y otra: «en Venecia le faltó su brisa».

¿Por qué turbada ve la transparencia
De la blancura que imperó esculpida,
Y la gloria del bronce entrístecida
En la esbeltez de la gentil Florencia?...
Una voz misteriosa dice: « amor »;
Otra voz le responde, como fátua
Luz que se pierde en vívido esplendor:
« Porque en Florencia le faltó su estatua ».

¿Por qué evoca la vida de Sorrento
Y el vergel de su mágica esperanza,
Con soplo de añoranza
Que va en las alas del perfume al viento?...
Entre la luz del transparente manto,
Una voz misteriosa dice: « amor »;
Otra responde: « porque allí su ardor
Buscó armonía y le faltó su canto ».

¿Por qué evoca nostálgico las fuentes,
Los templos, los palacios, las colinas,
En que dejara flores a las ruínas,
A los altares súplicas fervientes,
Líricos sueños a las aguas rientes,
Y coros a las cúpulas divinas?...

Una voz misteriosa dice: « amor » ;
Otra voz le responde: « porque en ella,
Con ser la Roma de inmortal fulgor,
Si halló su cielo le faltó su estrella » .

CUANDO OFRECE...

Cuando ofrece a la vida que la dora
Su esplendor con frescuras de rocío,
Y espejo fiel de su materna aurora
Teje la imagen del contento... Río!

Cuando un rayo de sol toca su frente,
Para gozar del místico embeleso
Que en las antiguas catedrales siente
Besando el nimbo de las santas... Rezo!

Cuando en silencio pensativo, mira,
Oye la voz de su interior encanto,
Y así impaciente, cual callada lira
Compendía el son de sus mutismos... Canto!

Cuando graciosa, juvenil, radiante,
Con su gesto risueño o reflexivo,
Y alegre o triste, luce en su semblante
La onda febril de la existencia... Vivo!

Cuando al sondar su clara transparencia
— Cercano y lejanísimo lucero —
Pregunto: ¿dónde se halla la conciencia
Capaz de alzarse hasta su cumbre?... Muero!

LA GARDENIA

La gardenia en su mano, con sublime
Pequeñez, atesora
Dulce armonía de belleza tanta,
Que no suspira por la verde planta,
Ní por el agua de las fuentes gíme,
Ní por el sol de los jardines llora.
La gardenia en su mano, soñadora,
Destácase ligera ;
Parece la oración de una novicia,
Aunque vibre en su aroma la primicia
Sensual de la profana primavera.

Y sí la mano llena de ternura
La cree una criatura
Predilecta del alma, y la acaricia...
El jazmín se procura,
En singular aurora
Del albor languideciente,
La gracia seductora
De un nuevo ser viviente.

¡Oh tú que por la ausencia
De la niña adorada,
Vas desolado en tu silente viaje,
Pon un jazmín mezclándose al paisaje,
Y entre la tumba sentirás alada
Su invisible presencia;
Gloriosa transparencia
Que se viste de luna perfumada!

LAS PARÁBOLAS...

Las parábolas sagradas,
En su noble alma serena
Le han dejado dibujadas
Rutas benditas... Es buena!

Angel de Estrada

La armonía de la Francia
Prestó a la viviente rosa
El ritmo de la elegancia
De sus parques... Es hermosa!

Sueña en su rostro el misterio
Y en notas mudas la baña;
¿Quién fijará del salterio
Los acordes?... Es extraña!

La caricia de su acento
Responde a su alma graciosa;
Tiene algo de encantamiento
En lo real... Es deliciosa!

Se la oye, y viaja la mente
Tras su palabra arrobante,
Como estela inteligente
De una voz... Es inspirante!

No más grande que una flor
De ensueño, provoca un grito,
Con el insaciable ardor
De lo azul... Es lo infinito!

METAMÓRFOSIS

Cyntía pasó, y en el jardín se inspira
 La luz del universo ;
Despierta el iris que glorioso gira
Como en diamante terso . . .
Alma mía, desciende,
Y descendiendo vuela,
El mármol no pretende
Ser cárcel de tu estela :
Por las pétreas escalas
Corre entre el son de tus ligeras alas.
Roba a las nubes de verdad su albura,
 Y en el jardín, tu vuelo
Feliz detiene, cual sí fuese un cielo.
 La nube fulge inquieta,
 La impulsa ansia secreta
De vivir cual la brisa, cual las olas . . .
 Los vecinos arriates
Despliegan el rubí de sus granates
En un flexible manto de amapolas.
 La nube se empurpura,
 Es nube de un ocaso,

Angel de Estrada

Sabe que todo incendiará a su paso ;
 Victoriosa fulgura.
 Los árboles se agítan
Al mirarla llegar ; en las alfombras
 Los insectos palpítan ;
¡La fresca es el himno de las sombras !
Pero la nube, la fresca deja
Por el ardor ; sobre el ciprés levanta
 Su púrpura fragante ;
En el penacho de los pinos, canta,
En la araucaria, lírica se queja.
 Desciende murmurante :
 Es vibración graciosa
En el susurro de voluble abeja,
En el girar de alegre mariposa ;
 Y luego, con la grana
De sus festivas pompas, engalana,
Al revolar de gráciles Amores,
 Los erguidos cerezos
 Y las tendidas fresas :
En la altura, con alas que son flores,
En el tapiz, con frutos que son besos.
Nuevo avatar : sus vívidas empresas
 Retrátanse en las fuentes ;

Allí, el manto de púrpura a pavesas
Felíz reduce, entre murmurios rientes ;
Allí gozoso en el cantar se efluvia,
 Forma finos cendales,
 Forma tenues cortinas,
Flotante se alza, se disuelve en lluvia ;
Como cristal chispea en los cristales,
Como espuma en las placas diamantinas,
 Y con perlas triunfales
Enriquece el collar de las ondinas.
 ¡ Agua humilde, agua pura,
Sonante y casta, tu gentil corriente
Lleva los oros de la mies futura,
Lleva el aroma de la flor naciente!...
Y el alma con tus ondas moja el suelo,
Suspira como un ser languideciente ;
En un perfume de fecundo anhelo
Asciende de la tierra voluptuosa ;
Y en tus ondas se cubre, con el velo
Que se vuelve después maravillosa
Sonrisa azul de reflejado cielo...
¡ Ah, todo se confunde palpitante,
Porque al dejar el huerto florecido,
 Plantó Cyntia, encendido,
En el fondo del alma su semblante!

Y SI MAÑANA...

- ¿Y sí mañana, encuentras un estero
Donde un jardín miraste florecido ?
— Expresaré al antiguo jardinero
La ardiente gratitud de haber vivido.
- ¿Y sí mañana, ráfagas sombrías
Llevan la luz que te abrazó el sentido ?
— Diré a la luz de los risueños días
La inmensa gratitud de haber vivido.
- ¿Y sí mañana, sueños de pesares
Rompen la paz que te mecía dormido ?
— La antigua paz colocará en altares
La dulce gratitud de haber vivido.
- ¿Y sí mañana te dejase mudo
En el dolor, lo que elocuencia ha sido ?
— Hará el recuerdo de la voz, escudo
A la honda gratitud de haber vivido.
- ¿Y sí mañana te procura muerte
La que hoy adoras, con injusto olvido ?
— Diré que graben en mi tumba inerte
La eterna gratitud de haber vivido.

MORFINA

En un mal doloroso
Recibió la sensible picadura
Del veneno precioso
Que vierte paz en su feliz dulzura ;
Míl alas inefables
Que no llegaban a vivir palpables
Espancían misterio en su frescura ;
Inefables latidos
Que no llegaban a tejer sonidos
Mecían con arrullos de ternura ;
Inefables tibiezas
Que no llegaban a forjar calores,
Envolvían en plácidas perezas
De alientos bienhechores . . .
Y todo, confundido,
En el ardor del milagroso fluído,
Se tendía en la onda
Que iba a estallar en explosión vibrante ;
Pero al fin se dormía, murmurante,
Con dulce brisa de invisible fronda.
Luego, en gota que ahonda,

En susurro que vuela,
Despertando cambiante
En el giro armonioso de sí misma,
Prestaba al duermevela
De la ilusión, como a sensible tela,
Su resplandor de prisma.
Así, en aquel momento,
Su espíritu sutil, tras el tormento,
Erraba entre las cosas
Y las piedras preciosas
De un ignoto rincón de encantamiento.
El mismo esplendecía como gema;
Y su gozo formándole un visaje
Le brindaba también con regio traje
Su cetro y su diadema.
Entre las aguas del jardín cerrado,
El aire circulaba, tan ligero,
Fulgía sin herir, tan transparente,
Envolvía en frescor, tan perfumado,
Que respirarle era sentirse entero
Como un fulgor riente,
Como un perfume alado,
Sobre el cristal de la serena fuente.
En las flores dormían las ficciones

De las almas, contentas de su gloria ;
En las línfas, las ásperas visiones
Del quebranto perdían la memoria ;
El ser, buscaba sol, cual los rosales
 En los aires felices,
Y el júbilo triunfal de sus raíces
Se difundía en cánticos nupciales...
¡Sutíl veneno, misteriosa esencia,
 Fuente de dulce olvido !
¿Por qué la voz de tu vivaz cadencia
 De pronto ha fenecido ?
 Sólo vana apariéncia
En esa sombra de dolor has sido...

.....

El genio de la esencia animadora
Sin responder se aleja del dormido
Entre la luz de la naciente aurora.

LA CHALANA DE ANTIGÜEDADES

— Vendedora de la tienda
Peregrina de cristal,
Eres hada de leyenda,
Soy un príncipe oriental.

— Ni soy hada de leyenda,
Ni eres príncipe oriental,
Y si miras bien, mi tienda
No es tampoco de cristal.

— Mas supongo que el letrero
No fulgura por mentir,
Y una cosa comprar quiero
Aunque rías del Vizir.

— Tengo llenas muchas salas,
Hay objetos de valer ;
Pero dime a quién regalas,
Sólo así puedo ofrecer.

— Soy padrino de las bodas
De las Artes y el Amor :
El Amor las ama a todas,
Es sultán el trovador.

— Pues, entonces, te aconsejo
Las Tres Gracias : Rafael
Les prestó vivo reflejo
Del helénico pincel.

— Vendedora, con reserva
Te diré que el Partenón,
Dar lechuzas a Minerva
Llamaría a esa elección.

— Pues elije un violoncelo,
Pues añade este violín:
Fabricados en el cielo
Por un mismo serafín.

— No me ofrezcas, vendedora,
Ní la flauta del dios Pan,
Ya es horrible por sonora
La fanfarria del Sultán.

— ¡Ay! el arte me rechazas,
¿Menosprecias mí bazar?
¿Quieres genios de otras razas?
¿Quieres cosas de otro altar?

Tengo un elfo que conserva
Con mejillas de carmín,
La esmeralda de la yerba
Que en sus alas puso el Rín.

Tengo un vaso de Murano
Que nos brínda en su cristal
Un reflejo de la mano
De Desdémona inmortal.

Tengo blanca una camelia
Donde cita da en Abril
Al espíritu de Ofelia
Un lunar gnomo sutil.

Tengo un ánfora de Helena,
Un estílo de Platón,
Una cola de sirena,
¿No te causa ésto ilusión?

Lleva entonces, de la espuma
Que ha vivido sobre el mar
De Miranda, y que se esfuma
Como Ariel en un cantar.

¿Aun es poco? Pues padrino,
Toma, toma el gran quinqué:
El conjuro de Aladino
Gustosa te enseñaré.

Con su lámpara, riquezas
Irresistibles podrás
Ofrecer a las bellezas
De la boda, y triunfarás.

—Tentadora, sí el sol mismo
Me bríndase, en tu vergel,
El secreto del abismo
De su llama en un broquel,

Pediría que lo guardes
En tu espléndido torreón,
Ní aun con albas, ní aun con tardes,
Compondría el nupcial don...

Ven conmigo que me muero
Por decirte la verdad:
Lo que quiero, mí lucero,
Es llevar tu claridad!

NOCTURNO

En los espacios y en el valle undoso
La noche ha envejecido ;
Su esplendor misterioso
Murió soñando como un ser dormido.

Su recuerdo se aleja,
Con la vida inefable de su aliento,
Más tenue que el perfume que en el viento
La flor del campo deja.

El silencio triunfal de la alegría
De la noche, con calma,
Juntó tu alma a mí alma :
Y ese el idioma fué de su armonía.

La grandeza triunfal de su misterio,
Con vivos luminares,
Nos dió el ardor de místico salterio :
Y ese el cántico fué de sus cantares.

El transporte triunfal de su belleza,
Con ansia de ternura,

Puso un halo divino en tu cabeza:
Y esa la gloria fué de su hermosura.

Nuestros ojos mezclaron sus visiones,
Nuestras bocas su impulso soberano,
Y la ebríedad de nuestros corazones
El ritmo fué de su esplendor arcano.

SOBRE UNA HORQUILLA

Díce un amor: « es Eros
Quién te manda los dardos hechíceros
Que entrelazó al peinado de Afrodíta;
Entre tus manos hallarán frescura
Y belleza infinita,
Para vencer sin sombra de amargura ».

Díce un genio: « Outamaro
Pintó el peine más raro
En la gheisha más bella del Oriente;
Yo te la traigo como don; gracioso
El peine sobre el pelo voluptuoso
Es nímbo de su mente ».

Dice una bruja : « Goya
Cambiar no quiso por ninguna joya
Este don que te brindo, la peineta,
Con que enseñó a sus majas, la receta
De trocar en los sabios,
La paz por los enojos ;
Mientras la sal de los purpúreos labios
Se funde al sol de los divinos ojos ».

Dice una hada : « Aladino
Me ordena que te entregue el peregrino
Puñal de las huries ;
Si ayer sobre cabellos perfumados
Clavó su hoja hasta el pomo de rubies
Hoy inspira los versos más alados ».

El poeta responde : « maravilla
Superior a los dones es la horquilla
Negra que encierro en cristalada esfera ;
Semejante al carbón, porque sencilla
Prendió su cabellera
Como un diamante de los cielos, brilla ».

Entonces los amores
Cantaron en los genios y las hadas:
«Cuidado que a las veces los dolores
Se ocultan en las cosas hechizadas;
El carbón es el luto
De una flor del abismo, misteriosa;
Y el diamante, su fruto
Transfigurado en lágrima radiosa!»

Noche que eterna mi ilusión creía,
Por no verte morir, dejó la luna
La cumbre en que fulgía...
Murieron tus estrellas una a una,
Y el alma del Amor, melancolía
Solamente heredó de tu fortuna!

QUE HAY UN ALMA

Que hay un alma en sus cabellos
Murmura la estrella de oro;
Dice un celaje del cielo
Que un alma abrigan sus ojos;

La rosa de los jardines
Que un alma vibra en su boca ;
Y una tórtola de nieve
Que su pecho un alma aloja.

Y dice también un cirio
Transparente de alabastro,
Que un alma doble el destino
Dibujó en sus blancas manos...

Armonioso y claro nímbo
De luz sutil es la estrella ;
El celaje pensativo
Divinal fosforecencia ;

La rosa es fuego y frescura,
Nieve de chispas el cirio,
La tórtola, ardiente espuma,
El Amor en ellas, himno ;

Y el himno dice : las almas
Esparcidas por su cuerpo,
Conciertan sus dulces llamas
En el hálito de un beso !

MONÓLOGO DE UNOS OJOS

La sombra más profunda, no es la niebla,
Que impide ver las horas
En la tarde, y la flor en los jardines.

La sombra más espesa, no es la nube,
Que impide ver las aves
En el eter, y el sol en sus confines.

La sombra más pesada, no es el velo,
Que impide ver el gozo
Sobre los cielos, y en la mar el faro...

La sombra más sombría, es la más tenue,
La que su pena toca
Con casi un nímbo transparente y claro!

PRINCESA...

Princesa de la alegría
Del perfume y los fulgores:
No piensas en la agonía
De las más hermosas flores?

Princesa que al eter subes
Entre inciensos y entre líras:
No piensas en que hay mentiras
Con rayos como las nubes?

Princesa de las rientes
Aguas de plácido canto
No piensas que son las fuentes
También imagen del llanto?
Princesa de lo absoluto
En el amor infinito:
No piensas lo que hay escrito
En la flor que da tal fruto?...

NIEBLA

Me voy por el camino
Envuelto en la presencia
Del amor invisible,
Siguiendo el paso de los ritmos de Ella;
Los cielos, vagarosos,
Descienden, pensativos,
Cortinas impalpables

De adormecidas nieblas,
Tejiendo por los aires
De la ciudad y el río
La claridad de una brumosa tienda.
Hay tamizado brillo
De lumbre gris en la infinita tela ;
Hay gotas de rocío,
Hay lágrimas de pena,
Fecundidad callada y melodiosa
Del cielo y de la tierra.
Las redes férreas del jardín, sarmientos
Recios figuran, y en las vides secas
Pone el alma los cándidos racimos
De su silente ensueño.
Dibujan las acacias
Obscuros abanicos,
Con húmedas puntillas ;
En el claustro glacial de la alameda
Arañas cristalinas
Tejen telas que gráciles y rotas
Ondean, suben, palpitanes giran,
Y entre los troncos flotan.
Sobre las ramas, espectrales lampos
Le saludan, se mezclan, se acarician,

Después lentas espíras
Ierguen al cielo sus penachos blancos.

Tan hondo es su mutísimo,
Tan vasto, tan profundo,
Que oye el silencio su sutil sonido
En la solemne majestad del humo.

La pizarra del templo
Asoma entre volutas
De evaporado incienso ;
Vibra la cruz aérea
Entre leves encajes
De difuso alabastro ;
La empínada veleta
Luce en su férreo gallo
De metálica cresta

Las armonías del fulgor de un halo ;

Y misteriosas gasas
Tejen nupciales velos,

Murmurando en las gélidas campanas
Las bodas de los bronces y el silencio.

Silencio en las alturas
Y silencio en las almas ;
Tumba hallan los repiques
De los cantares muertos,

Con la paz del cenit y los confines
En los sopores de los blandos lechos.
Santo - Domingo sueña
Así, a la sombra de la antigua calma
Colonial, y desierta
La gran ciudad al parecer, se duerme
En su armadura pétrea.
Pero de pronto repentina estalla
Blanca lumbre cual flor de los espacios;
Por aquí, por allá, vivos difunden,
Su sol de nieve poderosos faros;
Los negros colmenares
Iluminan sus vanos,
Encienden sus cristales;
La niebla torna su visión en puerto
De mástiles y naves;
La niebla torna el infinito cielo
En plenitud fantástica de mares;
Al par que diseminan sus reflejos
Claros estrellas en ficticia tarde.
Meditante, el silencio
Recoge la armonía
Del ritmo de las cosas
En el pensar del soñador misterio

De la húmeda ceniza.
Y la ceniza presta a los alientos
 Visibles y animados
 De las dormidas notas,
 De los sentires vagos,
Gasas sutiles que parecen sueños,
Gasas vibrantes que parecen rayos ;
Y aleja los pesares del recuerdo
Encantando las nuevas esperanzas,
Con la tenue ternura vaporosa
Que es gris de amor en sus dísueltas alas !

EN EL JARDÍN

Como eres de las gracias, tabernáculo,
Para acercarme a tu feliz tesoro
Ceñí mí frente con la abeja de oro ;
Luego dejé el helénico cenáculo.

Entré a mí huerto, me apoyé en un báculo,
Rompí los tírsos del antiguo coro,
Y hoy florecido mí bordón adoro ;
En tí encontró su místico invernáculo.

Ven a la fuente, donde Anfión se mira ;
El laurel y el ciprés, le tejen lira ;
Las damas bordan en su torno rueda...
Ven, hay un cisne y te dirá el secreto
Profano y sacro del amor completo
Al proclamarte su gloriosa Leda !

ANTE EL FUEGO

Las manos, olvidadas
Del libro abierto, exangües, fatigadas ;
Los ojos olvidados de sus flores,
Absortos, soñadores ;
Y la frente olvidada de su altiva
Belleza, pensativa ;
Se mezclan en concierto
Silente. En su despierto
Afán, no la recrea
El fuego de la ardiente chimenea ;
Pero mira las rojas
Llamaradas azules,
Que calientan sus manos y las hojas

Del libro : entre los tules

De lámpara vecina

Fulge luz mortecina...

El mutismo del cuarto que la mece,

En su propio mutismo se ennoblece,

Y con soplo profundo

Se ampara de su ser como de un mundo.

En silencio, la estrella

Fulgura así más bella;

En silencio, la rosa

Perfuma así más dulce y voluptuosa.

Pero hay algo que vibra

Sin robarle la calma,

Sin ponerle ni un gesto en una fibra :

El cántico de su alma.

El silencio latente

Lo escucha, meditante,

Al oírlo se ahonda en su semblante,

Y en la pálida frente

Se hace signo sagrado

Con un hálito alado...

Sin sonidos la idea,

Sin palabras la sutil melodía,

Se funden en cincel que se pasea

Por su cuerpo, cual luz, y que la crea
Estatua del silencio y la armonía.
Sus manos, olvidadas
Sobre el libro, graciosas, fatigadas,
Reciben en su ser, la transparencia
De la nota escondida,
Con un toque de lumbre de la esencia
Interior del misterio de su vida...
La lámpara se apaga en la credencia;
La llama en el hogar está extinguida;
La estatua sigue oyendo la cadencia
En su soñar, perdida...

LECTURA

Una noche me dijo, persuasiva:
«Hoy leeréis el soneto de un poeta
Amigo de Ronsard; su voz discreta
Ante el amor es llamada viva».

Yo apoyaba mi frente pensativa,
En su pecho aromado de violeta,
Y nunca de un poema la secreta
Fuerza sentí con emoción más viva.

Como el tic-tac en el reloj prepara
El timbre ardiente de la nota clara,
Que ilumina la cuna de la hora,
Su corazón ponía en cada verso
Vibrante ritmo, que suprema aurora
Presagiaba al capúz del Universo!

INMORTALITAS

Ven muy cerca, muy cerca de mis labios,
Donde pueda decirte
El dolor misterioso que reaviva
La amargura de irme:
De no dejar del corazón, latidos,
De no dejar de mí pensar, ideas,
La sangre, la emoción, los sentimientos,
Los júbilos, las penas,
Las ansias y los sueños:
De abandonar de los abuelos, nombre
Que traspasó los siglos;
De ver que una cadena de esos seres
En mí ha de hallar el fin de su destino.

El anhelo de lumbre, de infinito,
De eternidad, que nos sacude el alma
 Más allá de la vida,
Se torna al cuerpo, que el sepulcro llama,
 Y con pesar suspira.
Es la materia vil, pero envoltura
 Fué del alma prístina.
Es la materia vil, pero sus manos
Acariciaron las benditas frentes,
 Los cabellos sagrados,
Ligándonos con sentimientos fuertes.
Es la materia vil; pero el oído
Halló el ritmo de Dios en las estrellas,
Y en las estrellas, misteriosas alas,
 Y en las alas, los cantos
Que un Beethoven expresa concentrando
El resplandor de las divinas almas.
Es la materia vil; pero sus ojos
Lumbre pidieron al azur; al bosque
 Colores y alegrías;
 A los mares, pujanza,
 Al cristal, transparencia;
Ritmo a las fuentes y a las rosas, gracia.
Es la materia vil; pero sus nervios,

Fueron cantos de todas las venturas,
Fueron gritos de todos los dolores ;

Alertas compañeros
De la viviente ruta
En vigílias y sueños.
El alma vivió envuelta
En sus fibras sutíles,
Sus fibras delicadas,
Sus esenciales fibras,
Encontrando en sus hilos,
Cual araña en su tela,

La vibración del mundo y del espacio :
Rayos de sol con sombras de la tierra.

Es la materia vil ; pero su boca
Bendijo al fuego, al encontrar un alma

De fecunda armonía
En los amantes labios ;

Y su boca también purificada
Recibió al Dios arcano
Que redimiera sus terribles faltas ;
Como pudo igualarse al universo

De prodigiosos astros,
Desde que pudo murmurar palabras
Con el prodigio de la luz del verbo.

Así también el llanto
De la materia vil, ennobleciendo
A la emoción, fué fúlgido rocío
Del dolor y el contento ;
Y así también la frente,
El corazón, la sangre,
Los músculos, los brazos,
Con su pensar, sus ritmos,
Su vigor y coraje,
El espíritu ardiente levantaron
A la voz de supremos heroísmos.

¡Cómo no amar la frágil envoltura,
Marchita enredadera,
Que vé partir el alma, se sepulta
Y en tenebrosas cavidades queda !
¡Cuando baja del cielo
Al cristal de la tierra
La luz de un astro que murió en la altura,
Gime quizás al escribir con pena
En un solo destello el epítafio
Del sepulcro y la cuna !...
Ven muy cerca, muy cerca de mis labios
Donde pueda decirte,

El dolor ignorado que hoy aviva
 La amargura de írme.
Donde pueda muy bajo murmurarte
 Que tu ardiente cariño,
 Ha tocado un misterio
En las honduras de mí ser; los libros
No bastan con su pálida existencia
 Al inmortal instinto
Del alma que se va; ni que una estrofa
Perpetúe su voz... Quiero viviente
Tomar a ver la luz; sentir el canto
 De los estros divinos;
Oír las fuentes, contemplar las rosas;
 Ser el sol en las selvas,
 Ser la luna en los mares,
 El agua en los torrentes...
¡Oh! quiero refulgír entre las cosas,
Y quiero que mí ser, por el milagro
De tus amores renaciendo, aliente;
 Y que tenga mí alma
 Teniendo tu hermosura,
 Y que en su sangre vibren
 Tu corazón y el mío...

Ven muy cerca, muy cerca de mis labios,
 Donde pueda decirte,
El dolor misterioso que hoy aviva
 La amargura de irme;
Con el vano pesar de quién no ignora
Como tú, que ese sueño es imposible!

LA LÁMPARA

Que importa que el Ocaso
Arrebate la lumbre
Del abismo y la cumbre;
Que importa que a su paso
Se oculte el sol sin que la luna esplenda;
 Si todo el Universo
 Es como inútil verso
En el canto de luz de la vivienda.

Salve! noche sagrada,
Salve! noche propicia,
Salve! sombra, caricia
Soñolienta de un hada...

Oh! vén, mí amor, que en tan feliz fortuna,
Siento brillar, ufano,
Más que el sol y la luna
La lámpara que enciendes con tu mano.

En los sedosos tules
El alma de diamante,
Da a misterios azules
Díafanidad flotante;
Y cuando engrandecida, se derrama
Sobre el papel de nieve,
La realidad inflama
Mientras el oro de los sueños llueve.

También en la pantalla
La luz inquieta, viva,
Se aduerme, se desmaya,
Y engendra pensativa
El ansía de la paz en la ventura,
Cual con vuelos graciosos
Engendra la ternura
El Amor en los labios cariñosos.

Oh! mujer armoniosa,
Oh! mí flor de fragancia,
Oh! mí piedra preciosa,
Tu enriqueces la estancia,
Y hermoideas la vida de su ambiente;
Pues el mayor regalo
De este mundo, es el halo
De la lámpara azul sobre tu frente.

En los negros ríñones
Anímanse, víbrantes,
Las humanas ficciones
De los libros pensantes;
La lámpara potente que allí posa
Un mensaje dívino,
Es más maravillosa
Que la inmortal deí genio de Aladino.

Maravillosa y santa,
Con lumbré fiel y pura,
En su silencio, canta,
Venciendo la amargura;

Y hasta las mariposas infelices
En los mudos ardores,
Queman sus alas grises
Cambiándolas por alas de colores

¡Oh, lámpara bendita,
Con tu cetro de encanto
Aleja toda cuita
De su camino, en tanto
Que, entre el tropel de los amables seres
Que viven de un destello,
Emperatriz tu eres
Por nímbar su magnífico cabello!

Salve! noche sagrada,
Salve! noche propicia,
Salve! sombra, caricia
Soñolienta de un hada:
¡Quién fuera Dios para fijar tu paso
Y detener la hora!...
¡El verdadero Ocaso
Lo hace, al matar la lámpara, la Aurora!

LOS BRAZOS DE LA VENUS

Tu que vas por el mundo, con el ansía
De las fuentes Castalias,
Bebe el grato licor que Cyntia escancia;
Desciñe tus sandalias.
El báculo destruye, como ofrenda
Del gran peregrinaje,
Y evoca bajo el lino de su tienda
La visión más radiosa de tu viaje:
¡Sí!, ¡la Venus de Milo!
La que da al alma venturoso asilo,
La que en su cuerpo y manto,
Y en su sonrisa tierna,
El bloque mudo transfigura en canto
De la armonía eterna.
(Toda estatua se adora en su fé pura,
Y su silencio, jubíloso o triste,
Es plegaria mental a la hermosura
Que con sagrada desnudez la viste).
Pero en la Venus bella
Hay no solo la imagen luminosa,
De la desnuda rosa,

De la desnuda estrella :

Sí soberbia figura

A una mujer, dechado de hermosura,

En la beldad de su esbeltez, palpita,

Y al fin se impone la serena diosa ;

Por eso ardiente el corazón, no gríta,

Conmoviéndose el alma religiosa.

Cuando inclina su torso y su cabeza,

Con tan ligera suavidad, de lado,

Parece no ignorar que su belleza

Contempla el peregrino arrodillado.

Parece no ignorar, que el embeleso

De estáticos ardores,

Le ofrece mirra y flores

Mientras ella suspira por un beso.

¡Diosa inmortal, espléndido tesoro

De la Belleza eterna ;

Para que París la manzana de oro

Otra vez te discrimina,

Te basta que Minerva

Se presente vestida con su escudo

Y Juno con su manto ;

Pues tu cuerpo desnudo,

Es el poema mudo

Capaz de alzar la admiración al llanto!
Mas sí quíeres amar; sí la añoranza
De las rosas de Eros,
Le quítan la bonanza
De la paz a tus ojos hechíceros:
¿Qué hicistes de tus brazos?
¿Ignoras la confianza
Que al beso prestan al cerrar sus lazos?
¿Ignoras que sin ellos
El corazón carece
De la cadena que el amor florece
Con deliciosos sellos?
¿Ignoras que son bellos
Como pálidas rosas perfumantes,
Que tienen las firmezas
De pálidos diamantes
Y suavidad de lánguidas ternezas?
¿Ignoras que hay escalas
De gloriosa ambición, en el orgullo
De sentirlos ceñidos, con murmullo
Acariciante de invisibles alas?
¿Ignoras que el amor sólo los mira
Vé sin cuerdas, la lira,
Vé sin formas, la nube,

Angel de Estrada

Vé el estílo, sin huella ;
Vé sin alas la gloria del querube
Y sin rayos la vida de la estrella ?
¿En dónde están tus brazos ? ...
El destino clemente
Llevó a una tienda de ilusión mis pasos.
Peregrino de espíritu ferviente :
Acércate a la tienda
Y prepara la ofrenda.
Despierta a la durmiente
Que en su lecho reposa
Como un sol entre cándido celaje,
Y sabrás que los brazos de la diosa
Se ocultan en las mangas de su traje.
Deja por siempre el ansía
De las fuentes Castalias ;
Bebe el licor que su belleza escancia ;
Descíñe tus sandalías !

LA MANZANA PRODIGIOSA

La nínfa de aquel huerto
Entre el feliz concierto
De vívas fuentes le ofreció una flor;
En la sedosa nieve
De su pétalo leve
Ardía un alma de sutil olor.

La flor lunar, el oro
Pidió al sol, su tesoro
Se hizo fruto de llama carmesí;
Mas la manzana, luego
Volvió al sol; en su fuego
Dorada lumbre devoró el rubí.

El fruto ya dorado
Perdió su carne, alado;
De nieve fué como la flor de tul.
El tul tornóse, nube,
Con vuelo de querube,
Y se elevó por el espacio azul.

La nínfa díjo, ufana :
«¿No ves que mí manzana
En su prodígio te pintó el amor?...
¡El fruto y el incienso
Son el acorde ínmenso
De la dívina mística flor!»

DULCE CISNE...

Dulce cisne amoroso
Que vagas en la fuente :
(La fuente es como un signo luminoso
Que sólo está en mí mente.)

Blanco cisne que nube
Das al espejo en calma :
(El espejo es la esfera de un querube
Que sólo está en mí alma.)

Noble cisne contento
Que al sauce das enojos :
(El sauce es de una selva de tormento
Que sólo está en mis ojos.)

Claro cisne que al día
Das argento de luna:
(La luna con su pálida elegía
Sólo está en mi laguna.)

Grave cisne de un rito
Que regocija a Helena:
(Helena es gloria de esfumado mito
Que sólo está en mi pena.)

Sutíl cisne de nieve
Que te vuelves de lumbre:
(La lumbre es halo de un ensueño leve
Que sólo está en mi cumbre.)

Nupcial cisne divino
Que idealizas el velo:
(El velo es nuncio de feliz destino
Que sólo está en mi anhelo.)

¡Oh! cisne misterioso,
¡Oh! cisne de armonía,
¡Oh! cisne de mi amor, maravilloso,
En bendecido día:

Sí no existen tus aguas
Mas que sólo en mí mente,
Verdadero en tu luz, los sueños fraguas
Elegante, indolente;

Y sí tu voz querida
Se levanta sonora,
No mueres, y al que muere le das vida
Con plenitud de aurora!

TRAS EL RUDO COMBATE...

Tras el rudo combate,
El sueño al cuerpo fatigado aduerme;
Tan sólo vela y late
El corazón en la morada inerme.
El corazón, despierto,
Es el reloj vibrante de las horas
En el hogar desierto,
Que en las nuevas auroras
Ya no sonríe a la canción del huerto.
El corazón ansía,

Al escuchar entre la luz naciente
La alegre turba que en las ramas pía,
 Dormir pesadamente;
No evocar el rumor de los ruidos
Para siempre extinguidos
Con las queridas voces familiares;
 No pensar que las rosas
Del jardín, morirán en los altares
 De tumbas dolorosas...
Hechizo misterioso del inquieto
Febríl soñar de la ilusión alada:
¿Qué acontece en el místico secreto
 De tu niebla sagrada?
El corazón en su velar no gime,
Ni en la amargura de su vida llora;
Un alma llega y a su ritmo imprime
La quietud de la paz consoladora.
El solitario corazón reclina
Su triste insomnio en la sutil presencia
 Del alma peregrina;
 Y la dulce inconsciencia
Azul se baña en claridad divina.
El tiempo corre lento;
El corazón ardiente

Como reloj de su infinito aliento
Palpita eternamente.
Mas ya dormir no ansía,
Cuando despierta entre la luz naciente
La banda alegre que en las ramas pía ;
Pues se murmura que las nuevas rosas
De los queridos lares,
No morirán tan sólo en los altares
De tumbas dolorosas...
¡Alma nocturna que el consuelo creas,
Y eres cántico y sol, bendita seas!

EL PONIENTE Y EL ALBA...

El poniente y el alba
Se mezclan en tu rostro, y el misterio
De la luz, es el signo de la rara
Belleza de tu reino.
Tus ojos tienen sombras pensativas,
Tus ojos tienen lumbres jubílicas ;
Tu llanto es el rocío de la noche,
Tu llanto es el rocío de la aurora.

Tu rostro es más que un día :
Tu rostro es como un año
Que no tuviese invierno ;
La primavera ríe en el estío
De tu esplendor entre otoñal tristeza
De vaporoso velo.
Tu rostro es más que un libro ;
Tu rostro cual la vida
Expresa la pasión y el pensamiento
Con su virtud de enigma.
Tu rostro es más que la vibrante llama
Que se extingue en ceniza
De tristeza y de duelo ;
Cuando al dormirte tu vivir apagas
Asoma en tu sonrisa
El ritmo de la vaga
Inspiración de un inmortal ensueño . . .
Afuera soplan las glaciales brisas.
Ven, siéntate en el suelo,
Apoya tu cabeza en mis rodillas ;
Arde en la estufa el fuego :
Completa con tu faz sus armonías.

Inefable elemento,
Espíritu esencial de la divina
Mente que rueda por los altos orbes:
Tú eres alma que brilla,
Tú eres labio que manda,
Tú eres brazo que vibra,
Aliento que en sí lleva la palabra,
Son que la nota encierra,
Y la incorpórea sinfonía encarna:
Encarnación vibrante de la vida
Con las múltiples formas de la idea,
Desde el ser que pensante, maravilla,
Al gusano sin ojos de la tierra!

¡Fuego potente de sutiles llamas,
Fuego sutil de milagrosas fuerzas:
Te agitas en las alas
De la luciente estrella;
Te duermes en el bronce
De la frígida estatua;
Despiertas en los sonos
De la febril campana;
Envuelves a los hombres
Y en las máquinas vuelas!

¡Fuego potente de sutiles llamas,
Fuego sutil de milagrosas fuerzas!

¡Fuego gracioso de radiante hechizo,
Fuego hechizante de fulgente gracia:

La flor, por tí, es belleza,

La flor por tí se inflama,

Y es un fruto el suspiro

Si tu rayo la besa!

Por tí el carbón es sombra,

Por tí el carbón se exalta,

Y de su noche brota

El diamante del alba.

Por tí el cristal se torna

En viviente prodigio

De cratera que canta...

¡Fuego gracioso de radiante hechizo,
Fuego hechizado de fulgente gracia!

Los astros y las piedras

Preciosas con las flores;

El sol de los volcanes

Y el ardor de las fraguas;

La vida de los seres

Y el calor de las almas ;
Los gestos infinitos
De luz, en las parábolas
Que lígan las estrellas,
Las nubes, los ponientes,
Las albas y la tierra :
Renacen en las fibras
De humilde chimenea...

Ven, siéntate en el suelo,
Apoya tu cabeza en mis rodillas ;
Luce encendido el fuego :
Completa con tu faz sus armonías.

Sutiles cabrilleos
De llamas y de luces,
Que tejéis finos velos,
Que tejéis leves túles :
Vestid el pensamiento...
Sutíl llama de oro
De corazón oscuro
Que alzáis el tenue incienso
De misterioso culto :
Vestid el sentimiento...
Sutíl llama potente

Que le arrancáis al leño
Con voluntad tan recia
El resinoso llanto :
Vestid vuestra firmeza . . .
¡ Oh ! irídiscentes lenguas
De azules transparencias ;
¡ Oh ! transparencias trémulas :
Decid vuestros poemas . . .
Vibrantes llamaradas
De púrpuras sangrientas,
Mezclad a los zafiros
Y al sol las salamandras
Que en los halos fundidos
De los cristales, danzan . . .
Las salamandras suben,
Las salamandras bajan,
Con todos los deseos
De las humanas vidas ;
Las salamandras suben,
Las salamandras bajan,
Con todos los ensueños
De locas fantasías ;
Las salamandras suben,
Las salamandras bajan,

Ocúltanse en las grutas
De diamantes azules,
Cual nínfas de corales,
Y vuelven como sífos escarlatas.
Y tienen el rubí de las granadas
Para acostarse entre los trigos de oro,
Y matutina grana
Para correr por el zafír glorioso.
La alerta fantasía
Coloquio mudo entabla
Con el destello que el pensar anima.
Sí ruidosos batallan
Besos alegres en saltantes chispas,
Las luces se derraman
Tras del transporte en lánguidas caricias.
Si un estampido de fusíl, estalla,
Tras del zig-zag violento
Se precipítan las piadosas llamas:
Quieren curar la herida
Del soñante silencio
Con envolventes, magas,
Graciosas melodías,
Que al tiempo prestan sus ligeras alas...
Así corren las horas,

Mirando el fuego, cual sí fuese el agua
De las marinas ondas ;
Y la razón es que halla,
Con misterio que asombra,
Con asombro que encanta,
Por vez primera lo infinito, forma
En la ola gigante y en la llama
De pequeñez divina...
Ven, siéntate en el suelo,
Apoya tu cabeza en mis rodillas ;
Arde en la estufa el fuego :
Completa con tu faz sus armonías...

EL CASTILLO

Tres torres levantaban sus sombras seculares,
Tan tristes, sobre inmensos y tétricos sillares,
Que el tiempo taciturno, llamábalas inerte,
Soñando entre las ruínas de su poder destruído,
En un acorde mudo : la torre del Olvído,
La torre del Silencio, la torre de la Muerte.

Angel de Estrada

El puente levadizo sin gonces ni cadenas,
Tan sólo a los espectros del llanto y de las penas
Tendía los despojos de su ferrada alfombra;
Faltaban en los huecos del muro los cristales,
Allí donde sus nidos las aves nocturnales
Dormían esperando los reinos de la sombra.

Sin humos, que enseñasen que el fuego y los escaños
Con gentes eran vida del interior, los caños
Erguíanse en los techos, y las veletas rotas
El curso no marcaban de los terribles vientos,
Amantes del castillo por no arrancarles notas
De rudas sinfonías al son de sus lamentos.

La red avasallante de recios jaramagos
Las grietas acrecían, tendiendo los estragos;
La hiedra echaba un manto de rústicos tapices
Sobre afrentosas manchas y lúgubres miserias;
El cuerpo del castillo cubríase de arterias
Negruzcas con la sangre mortal de sus raíces.

En el blasón labrado, de la gloriosa puerta,
El águila explayada, sin alas, como muerta,
Miraba los armínios de argento sin fulgores;
Las gárgolas le daban más pena a su agonía

Dejando que las lluvias corriesen como ría
Que inunda y arrebatada las mieses y las flores.

En torno del castillo, vegetación salvaje
Reptiles anidaba cual joyas de su encaje,
Y triste el castellano, desde lejana tienda
(La tienda de los años que fuera peregrino)
Miraba entre las brozas del familiar camino
Las ruinas de su noble fantástica vivienda.

Mas un día sintió una cigüeña
De voz rara, clamando sonora:
«Del Acrópolis llevo, la aurora
Brindo al campo, a la flor, a la breña.

Traigo el ritmo que pone en la lira
El milagro del son de Dodona,
Que a las artes sublimes inspira
Y dá a Palas la eterna corona.

Tu castillo saldrá soberano
De la noche mortal de su pena,
Como el alma del héroe germano
Renació entre los besos de Helena.»

Luego, dijo otra voz: «Peregrina
Soy también, y al mirar el santuario
Del castillo, cayéndose en ruina,
Yo, que torno del santo Calvario,

Le prometo que el brillo de un ascua
Mostrará, en la novel primavera,
Cual sí Cristo en persona viniera
A cantar en su seno la Pascua.»

Se calló la gentil golondrina
Y una alondra vibrante hizo coro:
«Hija soy de la Francia divina
Y del sol, yo te ofrezco un tesoro;

Un tesoro de viñas y rosas
Nacerá en tu jardín por mí canto;
Un tesoro, que vence el quebranto
Con leyendas de amor armoniosas.»

Las aves vió el peregrino
Persiguiendo la corriente
De un arroyo cristalino;
Y aceptando su destino
También se acercó a la fuente.

Bajo las alas sonoras
Miró extasiado la línfa;
En su fondo, mil auroras
Se plasmaban seductoras
En el cuerpo de una nínfa.

En la gruta de cristal
Dormía pura y radiante;
Y sintió que su semblante
Era un sueño inmemorial
Vuelto verdad palpitante.

Muchos años fué tras Ella,
Y la daba por perdida
O inaccesible en la vida...
¡Felíz instante: la estrella
Estaba a sus pies dormida!

Las tres aves, al beber,
A la nínfa despertaron,
Y la nínfa dijo al ver
Lo que sus ojos miraron:
«Mí sueño comienza a ser.

Me dormí para soñar
En un doncel que amoroso
Me había de conquistar...
¡Dios del cielo, cuán hermoso,
Poderle al fin encontrar!

Virgen soy, gentil mancebo;
A nadie pude querer,
Mas a tus labios me elevo
Como al sol la flor: el nuevo
Sentir, me torna mujer.»

Semejante a la bíblica zarza,
Que arde en fuegos y no se devora,
Él tendió su fulgor de alegría;
Semejante a la luz de la aurora
Que no muere al arder, y hace el día,
Ella alzó su esbeltez brílladora.

Él sintió al estrecharla en los brazos,
Que su sangre corría en sus venas,
Que en sus labios hallaba su aliento,
Que su vida volviase alada:
Ella ante él, comprendió que cambiante

En su voz era cálido acento
Y en sus ojos profunda mirada.

Entonces caminaron, al contemplar absortos
Romperse los mastranzos, los brezos, los algortos ;
Y despertó a sus pasos, maravilloso anillo
De fuentes y de flores, donde vibró un diamante ;
Pues la morada oscura resplandeció flamante
Con glaciés, torres, muros, alcázar y rastrillo.

Así como el gusano que labra fina seda
En sus gloriosos hilos amortajado queda
Para tomar las alas de viva mariposa ;
Así sobre las ruinas con vuelo soberano
Espíritu y escombros, castillo y castellano,
Fundiéronse en los muros de una mansión hermosa.

Y así como el topacio, la púrpura, el zafiro,
Y todos los colores con palpitante giro
Se vuelven un destello de mística blancura ;
Así la castellana del milagroso imperio
Como divino prisma fundió en su gran misterio
A todas las mujeres en una criatura.

Y el castellano dijo:
« ¡Oh! mi dulce tesoro,
Polar estrella, refulgente Norte,
Que entre el cieno y la sangre de la corte
Limpia cruzaste como espuma de oro.
Ven, sé la bienvenida,
Persona real a los ensueños grata:
Cáliz labrado de terrena plata
Sube al altar de la celeste vida.
¡Ay de la triste mano
Que te escanció su vino de amargura!
Tú pusiste en el fétido pantano
De la conciencia impura,
Fugaz fosforecencia,
Y una virtud ha sido tu demencia.
¡Oh! dulce virgen que las flores cantas,
Te hundiste en la laguna
Como un rayo de sol, y te levantas
Como un espectro de esplendente luna.
En tales lumbres cristalinas, rica,
Hienda tu mano de marfil, mi fuente,
Y el alma cenagosa purifica » ...

Ofelia, oyendo, le tocó la frente,
Él se sintió con alma transparente
Y de nuevo le dijo:

«Tú eras un ángel de los sueños, hijo;

Tú eras un cisne de soñada bruma:

El ángel a la tierra

Descendió fascinado por la guerra,
Y el heroísmo en la nívosa espuma
Del cisne puso su ferrada pluma.

Así, mujer naciste

Sin olvidar el cielo,

Ni olvidar la armonía

En que gentil tu honestidad meciste.
Cuando la sombra de la faz de Otelo
Pudo, creciendo, hasta matar el día

Y ennegrecer la noche,

Exhalaste aroma de consuelo

Con dulce melodía,

Y el morir perdonando sin reproche
Fue la suprema flor de tu agonía.

¡Oh! canta cisne tu canción: un cirio

En el retablo vírginal se inflama
Y el sauce inclina su doliente rama...
¡Ah, que pueda sufrir en el martirio
La injusticia del mal con entereza!»

Desdémona cantó, y el castellano
Sintió en su ser la voz de un soberano
Torrente de evangélica nobleza.

Y nuevamente, dijo:

«Ven tú, niña piadosa;

Amable escudo del afán prolijo,
Broquel guerrero, sensitiva rosa,
Tú que vas al combate, sin desmayo,
Y entre el rugir del tempestuoso viento
Quítas horror al rayo
Con la bondad de tu apacible acento.
Tú que en flores transformas los abrojos,
Tú que endulzas la hiel de los enojos,
Tú que pones un iris en el llanto,
Lazarillo del alma y de los ojos:
Dame la luz que vencerá a la muerte»...

Cordelia, oyendo, le tendió su mano,
Sintióse el castellano
Por la divina compasión más fuerte,
Y de nuevo, le dijo:
«Azucena entre espigas
Eres tú entre las vírgenes vecinas;
Me prosterno: te elijo!
No es el incienso humeante
En su gloria mayor, más perfumante
Que tu aroma de fervida plegaria.
Ni la luna plenaria
Te aventaja en misterio,
Boca de amor y canto de salterio.
Tú eres del mundo, cual tu cuna, de Asia,
Tú eres la Sulamita,
Y tú eres infinita
Como el amor, la juventud, la gracia...
Siendo flor por ser hija de la Italia
Tú eres Cyntia de Atenas;
Tú eres la Helena de Ronsard en Francia;
Ninfa del Rin que renació en Castalia.

Tú remachas cadenas
Con el soplo sutil de tu fragancia.
La antorcha de tu lúgubre agonía
Es un sol inmortal de poesía.
¡Ah! quien los labios te acariciaba ardiente
Baña en eterno resplandor su frente».

Y lo besó Julieta.
El castellano se sintió poeta
Y dijo nuevamente:
«¡Oh plácidos beleños!
En minúscula concha nacarina
La reina Mab, por el ambiente vuela:
¡Vivamos de sus sueños!»
La reina prorrumpió: «Mí cristalina,
Maravillosa espuela,
Quiero dejar a quien me amó no en vano,
Y las riendas de luna y el ufano
Látigo azul que la ficción desvela».
En un corcel de Ariel, con regocijo,
Ebrío de sol, lanzóse el castellano,

Y al par que se iba la nocturna estela

En el fulgor, emocionado, dijo :

« Donosa Rosalinda,

Estatua de la Arcadía, primavera,

Más que la rosa, el ruiseñor, la guinda

Y el sol, resumes la estación entera.

¡ Ah! tú que hechizas con tu fresco aliento

Los bosques, haz que se embalsame el viento ;

Haz que brote el cristal de cada fuente

Una ninfa sonriente ;

Haz que luzcan las ninfas amorosas

Las máscaras graciosas

De los decamerones ;

Haz que el anciano que oiga las escalas

De los conceptos, llenos de ilusiones,

En su báculo mire nacer alas » . . .

Levantóse un rumor en los jardines,

Cual si cantasen linfas y mujeres ;

Como si fueran animados seres

Las estatuas, las fuentes, los jazmines . . .

Estremecido dijo el castellano :

« ¡ Oh ! linfa fraternal, pide a Miranda,
El divino poder de su amuleto. »

Y Miranda surgió, como un soneto
De luz, vibrante entre la alegre banda.

Él prosiguió : « Princesa deliciosa,

Al castillo convierte

En la insula dichosa,

Donde el dolor antiguo se reposa

Y se adormece la maldad, inerte.

Tu desnudez divina

Es ropaje feliz de tu inocencia.

Tú resumes de Próspero la ciencia :

Tu fulgente retina

Ofrece a quien mirándote, culmina,

Mucho más que los árboles palpables

Y las fuentes visibles :

Los sífos de los aires intangibles,

Las hadas de las flores inefables.

Ya siento que de férvidas cortezas

Arrancas, como a alondras de sus nidos,
Los genios que combinan las bellezas
De parques y malezas.
El rapto de tus fluídos,
Más allá del poder de los sentidos,
En las estrellas mismas,
Engarza pensamientos de la tierra
Que mueven dulce y amorosa guerra:
Por eso irradian los astrales prismas;
Por eso encienden lumbres ignoradas,
En célico paisaje,
Los besos de los hombres y las hadas;
Y para hacer el viaje,
A las mentes pesadas
Les presta Puck la agilidad de un paje.»

Entonces, la mujer al castellano
Dijo: «Olvidas que, trágico, el poeta
Tormento impuso con su propia mano
A cada ser de su ansiedad secreta.
Olvidas que en el seno de la muerte

Todas están: la muerte es cual la luna
De su solar fulgor, y de la suerte
Van juntos en su ser sepulcro y cuna.»

El castellano respondió: « Conciben
En el pálido reino de las grimas
Nuevo existir y en tu belleza viven;
Y en tu belleza mezclan con halago
Sus hermosuras de distintos climas,
 Como diversas cimas
Funden sus nieves en el mismo lago.
Viven, y tú eres más: sí a los semblantes
Forja tu rostro natural proscenio,
Y das con sus espíritus cambiantes
A la ilusión la plenitud del genio;
Del reino de la alada fantasía
A palpitante realidad descienes,
Con hachazos de sol las nieblas hiendes
Y tu refugio es canto de alegría.
Y es un supremo canto tu persona:
 Los delicados seres

De todas las mujeres
Concentras misteriosos, y el divino
Eterno femenino
Halla en tí su expresión y su corona.
¡Oh noble criatura,
Asílo consolante de ternura!
El abismo interior tiene ignoradas
Lágrimas, congeladas
Por la inmensa frialdad de la amargura.
Dejé en el mundo la fecunda insidia
Y la amistad traidora
Que ve la luz de su mejor aurora
En recóndito culto a la perfidia.
Dejé de las pasiones el rugiente
Afán, que es en los hábiles, sereno,
Y que en vez de sudores en la frente
Pone en las almas gotas de veneno.
Los sofismas dejé en las vaporosas
Nubes que engañan con sonantes nombres,
Y llevan extasiados a los hombres
A símas pavorosas...

¡Oh amada mía, en el amor profundo
 Olvidemos el mundo:
Cante la soledad entre las cosas!
Con el azur de tu alma de zafiro
 Tú redímes, tú acendras;
Por la pujanza que en mí ser engendras
La plenitud de la ficción respíro,
 Y creo, lo que miro.
Una flor es mí flor: tuvo raíces,
Como alas de su tallo con matices,
Al contacto de mí alma y tu suspiro.
 Una fuente es mí fuente:
Nació el cristal de su frescura alada
 Cantante, transparente,
Al contacto de mí alma y tu mirada.
 Una nube es mí nube:
Nació su copo de fulgor sidéreo
Al contacto de mí alma con lo etéreo
 Que de tu imagen sube.
Toda estatua, en su línea primorosa,
 Es mí estatua, nacida

Al contacto de mí alma en la vida
Pujante de tu forma esplendorosa.
Esos retratos que del muro penden
Son mis retratos, rápidos se encienden,
 Me dicen sus historias,
 Me narran sus leyendas,
 Penetro en sus pensares ;
 Yo revivo en sus glorías,
Enorgullecen los antiguos lares,
Y cuando al darles mí gentil ofrenda
 A sus plantas me postro,
Comprendo que nacieron en la tienda
Al contacto de mí alma con tu rostro.
 La melodiosa nota
Que de las cuerdas palpitante brota
Y que el ambiente divinizaba, es mía :
Encontró su radioso nacimiento
Al contacto de mí alma con el canto
De tu voz : el ímán de la armonía,
Ora bañada en el feliz contento,
Ora bañada en el doliente llanto.

Sí sobre estatuas y armonías arde,
Más allá de las nubes, como palma
De luz divina, estrella de la tarde,
 O estrella de la aurora,
Yo la siento nacer fascinadora
Al contacto de mi alma con tu alma.
¡Oh! misterio fecundo; ¡oh! diamantino
Enigma, que levantas a los cielos
Con ansias de crear: tu peregrino
Disperso encanto resplandece en vuelos,
Y febril reconcentra sus anhelos
En la faz del eterno femenino...
Tú que lo eres, señora de mis fuentes
Y de mis selvas, forjarás la clave
De algo más que del cántico del ave:
Palpitas en las savías rebullentes
De rica sombra con tu llama de oro;
Desciendes de los altos firmamentos
 Las fértiles simientes
Del caos primitivo, y en el coro
De la mar, de los bosques, de los vientos,

De las grutas, las peñas y las abras,
Ilumínas las lenguas de los fluídos
Donde ya no se sienten las palabras
De Díos, pero se escuchan sus sonidos.

¡Oh! mujer esplendente,
Que poderosa y grácil centelleas
En todas las ideas

Y en todos los sueños de la mente.

¡Oh! mujer de hermosura,
Que notas pones o que dejas rastros
En el beso triunfal de lumbre pura
Que hace lira y paleta de los astros.

¡Oh! mujer de ventura,
Que al corazón con tus caricias creces,
Lo sacas de la cuna en que lo meces,
Le das la copa que la vida apura,
Y el mundo entero a su ebríedad ofreces:
Tú, construyendo, ensanchas la vivienda,

Y tu adorada mano
Dirige al castellano
Por luminosa senda,
Aun más allá del horizonte humano.

Tiene tanto de cántico inaudito
 Tu apasionado gríto ;
Tanto del mar con su inquietud encierra
Tu lágrima doliente de la tierra ;
Tanto de eternidad relampagueante
Tu júbilo concentra en un instante :
Que el arco armado en la armonía fuerte,
Destruyendo la cárcel de sus lazos,
Sólo encuentra la paz entre los brazos
A su vez amorosos de la muerte.
Así con el misterio devorante
La flecha apunta al esplendor ignoto
Y hiere el corazón, que agonizante
Bendice el golpe que su vida ha roto.
¡ Ven mi encanto, mi gloria, mi alegría :
No temas a la bóveda sombría
Que tras el templo del castillo empieza ;
Allí derrama la tiniebla fría
Su majestad de funeral grandeza !
¡ Los imponentes lechos sepulcrales
 Son tálamos nupciales !

¡Ven, duérmete, oh mi reina de belleza!
Que el mármol reproduzca tus mortales
Contornos, te acaricie, te cincele,
Y que tu amigo el misterioso sueño,
Echado ante las plantas de su dueño
Cual perro fiel de eternidad — te vele!
¡Allá..., nuevas ideas! ¡El granito
Sirve también para esculpir escalas:
La muerte adora consagrar el rito
De un amor absoluto con sus alas!»



Indice

PÁGINA

El Sueño de una Noche de Castilla.....	1
Los Espejos.....	115
La Plegaria del Sol.....	127
El Libro Ilusionado.....	153

Acabóse de imprimir este libro en los
talleres de Ángel Estrada y C^{ia} de
Buenos Aires a XXVIII días
del mes de Diciembre
de MCMXXV
AÑOS

